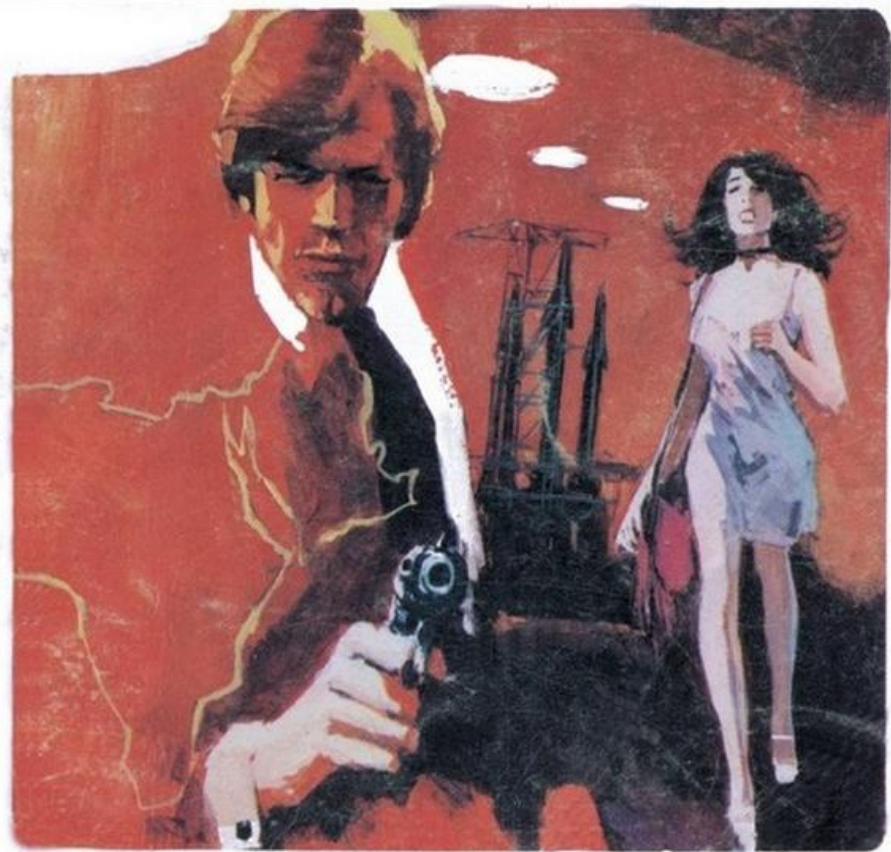




Lou CARRIGAN

EL CANTO DEL PAVO REAL





eb

LOU CARRIGAN

EL CANTO DEL PAVO REAL

Colección LA HUELLA n.º 54
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 35411-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: noviembre, 1975

© Texto: Lou Carrigan - 1975

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974**

CAPÍTULO PRIMERO

UNO

El agente secreto soviético Igor Malevitch era un hombre escrupuloso y metódico. Por supuesto, sabía ya hacía tiempo que eso de «agente secreto» era muy relativo. Se era «secreto» en cuanto a que, si algo ocurría, los Organismos oficiales de la URSS negarían tener nada que ver con el ciudadano ruso Malevitch y sus actividades en Francia.

En este sentido, sí, él era un agente secreto de la MVD.

Pero, por lo demás, no se hacía muchas ilusiones. Por ejemplo, él conocía a varios agentes secretos de otras nacionalidades que, como él, tenían su base de operaciones en Marsella. Por lo tanto... ¿era inverosímil suponer, o mejor dicho, asegurar, que él era a su vez conocido, identificado, y rutinariamente vigilado por los agentes de los otros servicios secretos?

Lo inverosímil habría sido suponer que él precisamente él, el buen Igor Malevitch, era el único que en Marsella era un agente realmente secreto.

Así pues, en estas condiciones —que no podían llamarse malas, puesto que permitían una convivencia razonable con sus colegas—. Igor se permitía llevar una vida metódica, que, a la postre, resultaba agradable. Un agente secreto debe ser una persona imprevisible, difícil de localizar y de seguir vaya adonde vaya. Pero Igor había desistido de esto hacía tiempo: cada tarde, se iba a uno de los bares de La Cannebière, cerca del Vieux Port, y allá tomaba su *pastis*, tan ricamente sentado en una de las estratégicas sillas de la terraza del bar. Lo del *pastis* era en los días buenos y agradables. Cuando Igor

tenía un día difícil, tomaba vodka.

Aquella tarde, Igor Malevitch estaba tomando un vodka.

Mala señal. Algo no había funcionado bien durante la jornada.

Pero, de todos modos, Igor estaba en su sitio de costumbre, repartiendo su atención entre los transeúntes y el ejemplar del vespertino *Le Monde*, que cada tarde leía con metódica escrupulosidad. Generalmente, no valía la pena leer más periódicos: si algo importante ocurría, naturalmente *Le Monde* lo publicaría. Así que, ¿para qué complicarse la vida leyendo las mismas noticias redactadas en diferentes formas?

En el momento de leer aquella pequeña noticia, que era en realidad uno de los anuncios de pago, Igor Malevitch tenía el periódico abierto sobre la mesa de formica, sosteniendo las hojas ya leídas con la mano izquierda, entre cuyos dedos índice y corazón tenía también un cigarrillo; con la derecha, sostenía su vodka (sin hielo, por favor, *tovarich*: muy frío, pero sin hielo dentro, eso es un pecado), notando en las yemas de los dedos el frío del vaso.

Y justo en el momento en que sorbía, vio aquel anuncio-noticia.

La reacción de Igor Malevitch fue pegar un brinco, dejar caer el cigarrillo, atragantándosele el vodka, verter el vaso, que cayó sobre sus pantalones y luego al suelo, y, al mismo tiempo, conseguir lanzar una... interjección, afortunadamente en ruso, con la que dos señoras que había en una mesita cercana se ahorraron un buen sobresalto.

Luego, Igor Malevitch dejó un par de billetes sobre la mesita, recogió el periódico, y se alejó a toda prisa, al parecer, sin recordar que llevaba manchados de vodka los pantalones, en un área verdaderamente comprometedora.

Dos

Abdel Famil, egipcio por más señas, era uno de los agentes secretos considerados de aceptable calidad en el Moukhabarat, el servicio secreto egipcio. Como otros muchos, estaba destinado en Europa, concretamente en Marsella, para ver de qué se podía enterar, ya que una de las bases del éxito es estar bien informado.

Abdel, muchacho alto, apuesto, vestido con gran corrección y

casi elegante a la europea, no era tan veterano, ni mucho menos, como Igor Malevitch valga el ejemplo. Abdel era más joven, sentía más celo por su profesión, y, prácticamente, estaba convencido de que él era insustituible en el mundo del espionaje; al menos, para la casa madre, el Moukhabarat. ¿Qué habría hecho el Moukhabarat sin él? Pues perder otra guerra, seguramente.

Como quiera que Abdel no estaba dispuesto a que tal cosa volviera a suceder (¡ya estaba bien eso de recibir siempre palos por parte de los israelitas!), llevaba ya unos días siguiendo a una mujer.

No a una mujer cualquiera.

¡No!

Abdel seguía a una mujer llamada Dalia Cohen. La seguía como si fuese su mismísima sombra. Sí, señor: hacía ya varios días que la había localizado, y desde entonces, salvo en los momentos en que ella estaba en lugar cerrado, no se había perdido ni un pestañeo de la bella israelita. Y al final, ¡cómo no!, Abdel había tenido su recompensa. Precisamente aquella tarde, Dalia Cohen había entrado en contacto con un sujeto.

Un sujeto alto y guapo a rabiar, que *parecía* francés, pero que vaya usted a saber... ¡Naturalmente, tenía que ser un espía! El guapo sujeto y la Cohen se habían encontrado hacia las cuatro y media en el Jardín du Pharo, delante mismo del Palacio de las Estrellas. Habían estado paseando un rato, luego habían abandonado el jardín en cuestión, habían tomado algo en un bar, y finalmente, habían ido al apartamento de ella.

¿Una *liaison*
d'amour

, un *rendezvous*...?

¡Claro que no! Allí se estaba cociendo algo, y Abdel Famil estaba dispuesto a oler el guiso, y, si era posible, comérselo. Por lo tanto, desde que Dalia Cohen y el guapo hombretón habían subido al apartamento de ella, Abdel se dedicaba a vigilar, desde prudente distancia, la entrada al edificio y las terrazas. Para disimular, finalmente en uno de los cortos paseos arriba y abajo, había comprado un ejemplar de *Le Monde*, que iba hojeando hacia delante y hacia atrás, de modo tan poco convincente que si se hubiese podido ver a sí mismo en película, seguramente Abdel se habría echado a llorar. Pero, claro, él estaba convencido de que lo hacía

estupendamente.

Incluso, de cuando en cuando, hasta leía algo de las páginas que iba ojeando y repasando.

Y entonces, en un momento dado, ¡zas! Abdel vio aquella pequeña noticia-anuncio en *Le Monde*.

Se quedó estupefacto.

Completamente estupefacto, atónito, patitieso, en fin.

Luego, dobló el periódico, se lo guardó en un bolsillo y se alejó de allí a toda prisa, como si no existiese en el mundo nadie llamada Dalia Cohen.

TRES

Dalia Cohen, estaba en una situación verdaderamente comprometida cuando sonó el teléfono de su apartamento en la rue Trigrance.

Aunque en aquel mes de junio del setenta y cinco no hacía precisamente calor, Dalia parecía considerar que sí, y, puesto que en el modesto apartamento no tenía refrigeración, había optado por el medio más antiguo de refrigerarse. El guapo mozo que soportaba con ella el calor, parecía ser de su misma opinión, así que la chaqueta estaba por aquí, la corbata por allá... etcétera.

Mientras sonaba el teléfono, Dalia Cohen lo estaba enviando mentalmente al infierno. ¿Es que una honrada espía no podía tomarse ni siquiera unas horas de vacaciones? Había conocido al guapísimo René, que estaba convencido de que ella era una modelo, y habían congeniado velocísimamente. Y ahora, cuando se estaban besando agradablemente, sonaba aquel maldito artefacto.

Muy bien, que sonase.

Y el teléfono siguió sonando durante medio minuto más, hasta que, evidentemente, el comunicante se cansó. Se hizo de nuevo el silencio. El agradable silencio.

Cinco o seis minutos más tarde, René se sentó en el sofá, y ella hizo lo mismo.

—¿Quieres que salgamos a cenar por ahí? —propuso René.

—Me gustaría. Pero estoy esperando una llamada telefónica, *chéri*.

—Ah, sí... Me pareció que antes, hace un rato, sonó el teléfono.

—No lo oí —mintió Dalia.

—Pues yo sí. Seguramente era la llamada que esperabas.

—Ya volverán a llamar. Y eso significa que seguramente tendremos que despedimos por hoy.

El guapo René frunció el ceño.

—No me digas que vas a trabajar esta noche.

—No lo sé. Pero podría ser... ¿Te parece bien que nos veamos mañana a la misma hora y en el mismo sitio?

—*Bon* —sonrió el guapo René.

Se puso la corbata, besó a Dalia en los labios, y se marchó, demostrando una grandiosa discreción.

Dalia encendió un cigarrillo, y quedó sonriendo dulcemente. La vida sólo pasa una vez, así que...

El teléfono volvió a sonar. Y esta vez, Dalia no tenía motivo alguno para desoír la llamada.

—¿Sí?

—Ah, eres tú... Bueno, si me llamas para decirme lo de ese tonto egipcio que me está siguiendo hace días...

—¿No? Bueno, ¿qué pasa entonces?

—¿El *Le Monde* de esta tarde? No, no lo he leído... ¿Por qué?

—¿Un anuncio? Está bien, léemelo, por favor.

El auricular escapó de la mano de Dalia Cohen, resonando fuertemente sobre la mesita.

CUATRO

Marcel Piccard leyó el anuncio-noticia en *Le Monde* hacia las ocho y media de la noche, después de cenar sólo en su apartamento de rue Rigord, cerca del Vieux Port, cuando estaba tomando un estupendo coñac y esperando la hora de la proyección de un telefilme.

Naturalmente, *monsieur* Piccard también era un agente secreto. Francés, por supuesto, así que, como estaba «en casa», podía permitirse vivir con cierta relajación. En realidad, su trabajo era de lo más aburrido, precisamente por estar en su propio país, donde los servicios de información y vigilancia de extranjeros le apoyaban tanto que sus molestias eran mínimas.

De todos modos, Marcel Piccard era un eficiente agente del SDECE, el Servicio de Espionaje y Contraespionaje francés, y el hecho de que le gustase ver películas por televisión no desmerecía en nada su inteligencia y su labor, ya que, a fin de cuentas, las veía cuando consideraba que tal labor, por aquel día, había terminado. Todos tenemos derecho a descansar.

Sí. En este plan casero y confortable estaba *monsieur* Piccard cuando vio el anuncio-noticia en el *Le Monde*. Durante unos segundos, inevitablemente, quedó atónito. Luego, simplemente, movió la cabeza, bebió un sorbo de coñac y dijo en voz alta, como si el comentario fuese dirigido a alguien presente:

—Debe ser una de esas estúpidas muestras del humor británico.

CINCO

Sería necio suponer que en cualquier punto importante del globo terráqueo, como es Marsella, la CIA no tuviese metidas sus narices. Aunque sólo fuera un par de narices.

En este caso, las narices correspondían a Mike Holden, un pretendido periodista que, desde luego, no tenía engañado a nadie de la profesión; de la profesión de espía, se entiende. A decir verdad, Mike Holden, precisamente por ser de la omnipotente CIA, era uno de los más vigilados agentes secretos de Marsella, cosa que, sin duda alguna, se sabía en Langley, la gran central del espionaje norteamericano.

Pero no importaba. Mike Holden era un buen elemento, y en algún sitio tenía que estar trabajando. Y puesto que hablaba el francés y el italiano como si fuese un aborigen de esos países, lo habían «lanzado» a Europa.

Generalmente, Mike Holden regresaba tarde al hotel donde se alojaba permanentemente, el Leclerc, en el *boulevard* Longchamp. Por pura rutina, preguntaba si tenía algún recado, pues tenía tan pocos que le habría bastado hacer la pregunta una vez cada quince días; a lo sumo, una vez a la semana. Sin embargo, aquella noche, Mike Holden tenía un recado. Un sobre. Y como en este sobre no había sello, y por tanto tampoco matasellos, Mike preguntó:

—¿Lo han traído a mano?

—Sí, señor Holden.

Mike le dio un par de vueltas. No indicaba remitente alguno. En el anverso, sólo su nombre: *Mr. Mike Holden*.

—Bien, gracias.

Se metió el sobre en el bolsillo, pidió su llave y subió a —la casi elegante habitación que ocupaba hacía tiempo.

—Demasiado —solía decir Mike—. Me estoy «quemando» aquí. Creo que deberían trasladarme.

Pero allí seguía.

Nada más entrar en su habitación, Mike sacó el sobre del bolsillo, lo rasgó y sacó el papel doblado que contenía. Dentro del doblado papel había un recorte de periódico, por cuyas características tipográficas, Mike lo identificó como perteneciente al vespertino *Le Monde*. Éstos eran detalles insignificantes, quizá, pero en espionaje, a veces, puede ser útil incluso saber si en los alrededores se cultivan patatas.

Todavía notando en su boca el sabor del último *whisky drinking* que se había echado al colete, Mike Holden leyó el pequeño anuncio-noticia, con tal estupefacción que su boca quedó abierta durante no menos de diez segundos.

Cuando sus articulaciones maxilares recuperaron la posición normal, el espía norteamericano masculló:

—La madre que los parió... ¿Qué estarán tramando ahora los ingleses?

Y volvió a leer el anuncio-noticia:

MISTER RANDOLPH PEMBROKE, afamado agente del Servicio Secreto británico, llegará por avión a Marsella mañana, día 13, a las once horas, procedente de París. Deseamos una grata estancia en nuestra ciudad al eminente espía que nos honra con su visita profesional.

CAPÍTULO II

La llegada de míster Randolph Pembroke, el afamado espía británico, resultó bastante espectacular, y a los periodistas que le esperaban (unos tomándose en serio y otros en broma) en el aeropuerto les facilitó mucho la labor.

No tuvieron que preguntar quién era míster Pembroke.

No. No tuvieron que hacerlo... Un hombre de más de metro ochenta, con unos hombros de coloso, cabellos rubios y largos muy a la moda, y ojos grises como día de tormenta, se identificó en el acto, mientras descendía por la pasarela colocada junto al avión. El modo de identificarse fue muy simple y efectivo: llevaba en alto, con una mano, un gran cartel de cartón, en el que ponía, en francés:

Mr. RANDOLPH PEMBROKE

Je suis arrivé

Sí, señor. El «agente secreto» Randolph Pembroke había llegado a Marsella.

Estratégicamente situado, el buen Igor Malevitch lo examinaba con grandísimo interés... simulando no darse cuenta de que, muy cerca de él habían otros «agentes secretos». Por ejemplo, allá estaba Holden, de la CIA; la bella Dalia Cohen, del Mossad israelita; aquel joven egipcio llamado Famil, del Moukhabarat; y hasta el bueno, pacífico y sociable *monsieur* Piccard, del SDECE, entre otros.

En cuanto a Randolph Pembroke, siempre con su cartel de identificación en alto, se fue, como los demás pasajeros, a recoger su equipaje en la sala de llegada de los vuelos nacionales. Para entonces, el buen Igor y sus colegas de otras nacionalidades le

esperaban más o menos cerca, apartados de los periodistas que ya se habían abalanzado hacia el británico mientras éste permanecía junto a la cinta transportadora de equipajes, para recoger el suyo.

Desde su posición, Malevitch veía el sonriente rostro del guapo inglés, que tenía una boca digna de ser tenida en consideración a la hora de juzgarle: más que boca, era una bocaza. Grande, fina, ondulada, sugiriendo un hachazo en una roca de puro granito. Sí, señor: había que tener muy en cuenta aquella boca, y la expresión de los grises ojos, antes de arriesgarse a un juicio sobre Randolph Pembroke, el afamado agente británico.

—Hola, Malevitch. ¿Un cigarrillo?

Igor se volvió y se quedó mirando a Mike Holden con expresión cauta, expectante.

—Bueno, gracias —aceptó el ruso.

El propio Mike Holden se lo encendió. Luego, echando humo ambos, el yanqui señaló hacia el agente secreto rodeado de periodistas.

—Es una manera estúpida de jugarse el pescuezo, ¿verdad? —comentó.

—No hay motivos para atacarle... —rechazó Malevitch—. Todos tenemos derecho a trabajar.

—Desde luego. Pero parece que nos esté provocando. ¿Leyó la noticia ayer, en *Le Monde*?

—Así es.

—Supongo que se puso usted en contacto con su enlace... ¿Qué saben en Moscú sobre Pembroke?

—Todavía no tengo noticias al respecto.

—Yo sí, de mi residente en París. Me llamó esta madrugada: al parecer, Randolph Pembroke no es nadie.

—¿Cómo, nadie? —se sorprendió Igor.

—Nadie. Como ya sabe, la CIA tiene buenos contactos con el Servicio Secreto británico, especialmente en las secciones MI5 y MI6... Pues bien: Randolph Pembroke no parece pertenecer a ninguna de ambas. Si tenemos en cuenta que la MI5 realiza espionaje casero y exterior, y la MI6 actúa básicamente en labor de contraespionaje, podemos preguntarnos: ¿de dónde demonios procede y quién es realmente Randolph Pembroke? La respuesta que yo he tenido ya se la he dicho: no es nadie.

—Pues alguien tiene que ser —deslizó sensatamente Igor.

—Claro. ¿Me dirá algo cuando reciba noticias de Moscú?

—Seguramente —sonrió Malevitch cortésmente.

Mike Holden asintió con la cabeza, y se alejó... observado muy muy atentamente por sus colegas del SDECE, el Mossad, y el Moukhabarat, que sin duda pensaban: ¿qué están tramando los rusos y los americanos... en colaboración con los británicos? ¿Qué juego se traen?

El joven Abdel Famil miraba con cierta irritación a Dalia Cohen, que aparentaba no reparar en su presencia. Estaba bellísima aquella mañana... Bueno, como siempre, ¿para qué engañarse? ¿Y quién sería aquel guapo sujeto que había subido a su apartamento la tarde anterior? ¡Lástima que hubiese tenido que marcharse para pedir detalles sobre Randolph Pembroke...! Pero, seguro: volverían a verse, y él seguiría al guapo europeo.

Por su parte, Dalia se sentía, en el fondo, un poquito irritada por la fija mirada de los bellos y negros ojos de Abdel. Era un guapo muchacho, qué duda cabía, pero tonto de los pies a la cabeza. ¿Qué esperaba? ¿Creía que vigilándola a ella se iba a enterar de los hipotéticos planes de Israel para invadir el mundo árabe? ¡Menudo cretino...!

En cuanto a *monsieur* Marcel Piccard, persona apacible si las hay en este turbulento mundo, iba mirando de uno a otro y de cuando en cuando al asediado Pembroke. Bueno, fuese lo que fuese lo que Pembroke o cualquiera de los demás estuviesen tramando, tendrían que vérselas con él, que a la hora de la verdad no era precisamente un modelo de cortesía. Mientras él estuviese dentro de sus zapatos, más les valdría a los otros que tuviesen mucho cuidado con lo que hacían en Francia. ¡ *tout*

C'est

!

La única maleta de míster Pembroke apareció por fin, y éste la agarró de pasada, tras pedir muy educadamente permiso. Hizo señas a un empleado del aeropuerto, y cuando éste se hizo cargo del escaso equipaje, partió tras él, seguido a su vez por los periodistas. Hablaba el francés mejor que muchos de los periodistas marseleses que le acosaban.

—Por favor —pedía—, eso es todo; por favor.

—Pero, *monsieur* Pembroke —protestó uno de los periodistas—, ¡no nos ha dicho usted nada en concreto!

—Caramba —se detuvo Pembroke, como ofendido—: les he dicho que soy agente de Su Majestad, que he venido a Marsella a resolver un importante asunto de espionaje, y que me llamo Pembroke... ¿Qué más quieren?

—Nos gustaría saber —rió otro periodista— cuál es exactamente ese asunto, *monsieur* Pembroke.

Rand Pembroke frunció el ceño, y quedó reflexivo, dubitativo. Por fin, ante la expectación general, asintió amablemente.

—Sólo puedo darles una pequeña pista. Algo así como un acertijo... ¿Conocen ustedes el cuento de *Los tres cerditos y el lobo feroz*?

De nuevo se oyeron risas.

—Naturalmente —asintió otro periodista—: tres cerditos muy rollizos y apetitosos andan siempre escapando del lobo feroz, que quiere comérselos, darse un buen banquete con ellos.

—Exacto. Bueno: pues yo soy el Lobo Feroz.

Más risas.

—¿Busca usted tres cerditos, *monsieur* Pembroke?

—En efecto.

—¿Quiénes son?

—Amigo mío, tal información no puedo facilitársela.

—*Monsieur* Pembroke: ¿ha pensado usted que en el cuento el Lobo Feroz no consigue sus propósitos?

—Por supuesto —dijo flemáticamente Rand Pembroke—. Pero no olviden ustedes que ésa es la versión para niños. Yo voy a crear ahora una versión para adultos.

—¿El Lobo Feroz se comerá a los tres cerditos?

—Sin la menor duda. Caballeros, definitivamente: muy buenos días... y gracias por su amable bienvenida.

Monsieur Marcel Piccard observaba atentamente al británico, que se dirigía hacia la salida del edificio, caminando elegantemente detrás del empleado del aeropuerto. Al desviar la mirada, Piccard vio fijos en él los ojos del inspector Rambouillon, de la Sûreté, que le consultaba. ¿Qué hacían? ¿Interpelaban a Pembroke o qué? Piccard movió negativamente la cabeza, y salió también del edificio, cruzándose con Dalia Cohen, que le miró maliciosamente.

Por supuesto, el francés cedió gentilmente el paso.

—*Merci, monsieur Piccard* —rió ella.

Marcel frunció el ceño, pero sólo un instante. Enseguida, correspondía a la cortesía de la bella israelita:

—*Pas de quoi, mademoiselle Cohen.*

Ahora, seguramente, habrían pequeños problemas, para seguir a Randolph Pembroke, que estaba observando cómo cargaban su maleta en un taxi. Pagó los servicios del empleado del aeropuerto, sacó un rollo de papel de un bolsillo interior de la chaqueta, y lo estiró, alzándolo sobre su cabeza, y girando artísticamente, para que se viese de todos lados. En las dos caras del papel, ponía:

Nous allons á
HOTEL BLEU CIEL
Plage du Prado

Desde la salida del edificio del aeropuerto, Mike Holden pudo leer perfectamente la indicación, y sonrió secamente. Luego se acercó a un pequeño grupo de periodistas que comentaban riendo la llegada de mister Pembroke, y se interesó por sus declaraciones. Cuando se volvió, Igor Malevitch estaba junto a él, escuchando también, con gran interés.

Tras dar las gracias, ambos espías se separaron del grupo, y caminaron juntos hacia la salida.

—El Bleu Ciel está en Promenade de la Plage —dijo Igor.

—Sí, lo sé. ¿Ha oído eso? ¡El Lobo Feroz! ¡Menudo cretino! ¿Conoce el cuento del *Lobo Feroz*, Malevitch?

—Sí, claro. El Lobo recurre a mil tretas, pero no consigue comerse a los cerditos, porque les ayuda un amigo más inteligente que ellos.

—¿Le sugiere algo esto a usted?

En aquella ocasión Mike Holden se pasó de amable y buen colega. Debió haber estado más atento a la expresión y actitud de Igor Malevitch; posiblemente se habría dado cuenta de que el ruso estaba un poco pálido y alterado. Pero como las cosas discurrían por cauces de convivencia, y Holden miraba hacia el estacionamiento, no oyó más que la respuesta, simple verbo:

—No, en absoluto. ¿Y a usted?

—Tampoco —negó Holden—. Me pregunto si no estaremos perdiendo el tiempo con ese idiota. ¡Lobo Feroz! ¡Bah...! Yo diría más bien que parece un presumido pavo real.

—Sí... —admitió Igor—. Sí, es cierto. Bien, tengo que seguir trabajando. Adiós, Holden.

—Adiós, Malevitch. Supongo que nos veremos en el Blue Ciel.

Mientras el ruso y el americano se dirigían en busca de sus respectivos coches, míster Randolph Pembroke viajaba ya hacia la cercana Marsella, naturalmente seguido por un cortejo de agentes secretos que no se esforzaban demasiado en no perderle de vista. Si míster Pembroke decía que iba hacia el Bleu Ciel, es que iba al Bleu Ciel, así que allá se verían.

Tras entrar en Marsella, cruzarla por Cours Belsunce, rué de Rome y Avenue du Prado, el taxi giró a la izquierda en el Rond Point, enfilando el otro tramo de la Avenue du Prado, que formaba ángulo casi recto con la parte que cruzaba la ciudad. Y, finalmente, llegaron cerca de Promenade de la Plage. A su izquierda, la gran zona de verdor del Parc Borely. Y, por fin, el taxi se detuvo delante del hotel Bleu Ciel.

—*Voilà, monsieur* —exclamó el taxista.

—¡*Merci!*

Míster Pembroke tenía reservada una *suite* en el Bleu Ciel, que constaba de dos habitaciones, dos baños, salón-despacho, y terraza frente al mar. Pero como los seres humanos nunca estamos contentos, el pensamiento de Rand Pembroke fue:

—Habría preferido trabajar en Niza, por ejemplo. O en Cannes, Montecarlo, en fin, un sitio así, más... playero. En fin...

Después de colocar sus cosas en el armario, se duchó, se puso en deslumbrante albornoz de color azul celeste, y salió a la terraza. Desde allí veía la playa, la piscina en el jardín del hotel, la terraza-bar... Y naturalmente, a todos quienes estaban por allí.

Al primero que identificó, por razón de sus características raciales, fue al egipcio, que estaba medio vuelto de espaldas, pero mirando hacia la fachada de las terrazas, aunque simulando mirar el mar.

Luego identificó a la israelita. Conocía muy bien a las muchachas israelitas. Claro que podía equivocarse, pero... Al que

identificó sin lugar a dudas fue al norteamericano, que estaba sentado en la terraza-bar, tomando seguramente un martini, con aires de ser, por lo menos, copropietario del hotel. No podía fallar: aquél era de la CIA.

El ruso era mucho más discreto y modosito. Estaba sentado en uno de los bancos del jardín, con un periódico abierto ante él. A míster Pembroke le gustó el soviético de modo especial: tenía clase. Sí, tenía más clase que todos los demás juntos. Rand Pembroke se preguntó si aquel ruso sería el residente habitual de Marsella o bien, para aquel caso tan especial y peligrosísimo habían colocado allí a uno de los mejores expertos de la MVD. Ya se enteraría.

En razón de sus características tan nacionales, *monsieur* Marcel Piccard no fue identificado... por el momento.

Debía ser la una y media de la tarde cuando Rand Pembroke bajó a almorzar en el comedor del mismo hotel. Después, se encerró en sus habitaciones, donde durmió una buena siesta, hasta poco más de las cuatro.

Luego, con otro traje diferente al del almuerzo, salió del hotel y subió al taxi que había encargado previamente al conserje. Se hizo llevar al Vieux Port, y allá alquiló una lancha no muy grande, pero sobre cuya velocidad no convenía dudar. Tras convenir que se la dejarían en el embarcadero del hotel Bleu Ciel aquella misma tarde, Rand Pembroke se alejó del Vieux Port, en busca de una casa que alquilase coches. En la primera que encontró cerro trato, convirtiéndose en usuario de un magnífico «Mercedes 220» de color granate, con el cual ya salió de la casa y se dedicó a dar vueltas por Marsella.

Recorrió La Joliette, el nuevo gran puerto de la ciudad, rodando sin prisas por los Quais de La Joliette y Lazaret; estuvo en el parque zoológico, visitó la Biblioteca de Bellas Artes de la Rué des Trois Mages, tomó un *gin-tonic* en La Cannebière, y, finalmente, anocheciendo, regresó al hotel, donde cenó también un poco tardíamente.

Después salió a la terraza-bar, y estuvo allí más de una hora, invertidas en trasegar con gesto de agrado un par de *whiskys* y en contemplar el mar. No habían bañistas en la piscina... Con la llegada de míster Pembroke, parecía que también el sol había llegado a Marsella, había hecho un día espléndido; pero de noche,

todavía no resultaba agradable zambullirse en la piscina.

Por último, Rand Pembroke recurrió a otro de sus cartelitos, otro papel enrollado que desplegó y mantuvo en alto. En esta ocasión, el aviso era así:

MISTER RANDOLPH PEMBROKE
va se coucher
¡*Bon soir!*

Y cumpliendo lo prometido en el cartelito, míster Randolph Pembroke se retiró a sus habitaciones a descansar.

—La madre que lo parió —apareció Holden junto a Igor Malevitch—. ¿Qué está tramando ese idiota?

—No sé.

—¿Todavía no ha recibido noticias de Moscú?

—Escuche, Holden, esto no es un juego —le miró seriamente Igor—, así que haga el favor de dejarme en paz.

—Demonios, ¿qué le pasa, Malevitch? ¿Por qué se pone así?

—Puede que usted se considere un muchacho desenvuelto y simpático —replicó acremente el ruso—; pero para mí no lo es. Yo me tomo en serio mi trabajo. Y le aseguro que no me gusta su desfachatez.

—Hombre, no hay para tanto...

—Es cuestión de opiniones. Buenas noches.

—Váyase al demonio —gruñó Mike Holden.

Por su parte, tras alejarse unos pasos y vacilar, Mike Holden tomó una decisión. Una decisión, por cierto, muy norteamericana: visitar al agente británico.

Dos minutos más tarde estaba ante la puerta de la *suite*, que fue abierta por Rand Pembroke segundos más tarde. El británico estaba ya en pijama. Sostenía un cigarrillo con la mano izquierda, mientras que la derecha estaba hundida en el bolsillo de la chaqueta de seda a rayas multicolores. Sorprendente.

—¿Sí? —inquirió Rand.

—Buenas noches, señor Pembroke. ¿Puede concederme unos minutos?

—Lo siento, pero me disponía a acostarme ya. Por otra parte, ya

dije a la Prensa todo lo que tenía que decir.

—Mi nombre es Mike Holden... Trabajo para la CIA.

Rand Pembroke ni siquiera parpadeó. Sólo se apartó, y sacó la mano derecha del bolsillo, en el cual se notó ahora el peso de la pistola.

—Pase.

—Gracias. —Holden esperó a que Rand cerrase la puerta, y sonrió—. Se ha instalado usted muy bien.

—Siempre lo hago. Es lo menos que merezco.

Holden contuvo cortésmente su sorpresa, mientras examinaba con aparente gesto amable a Pembroke. Con aquellos ojos claros, el rubio cabello, y aquel pijama de colorines, no se podía parecer más a un gran pavo real. ¿Lo menos que merecía? ¿Qué demonios se había, creído aquel fante?

—Estoy seguro de ello —acabó por sonreír Mike—. Tiene usted unos métodos un tanto peculiares, Pembroke.

—Que acostumbran darme resultado. Nunca fallo. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Bien... A decir verdad, me pareció que era yo quien quizá podía ayudarle a usted, Pembroke.

—¿A mí? ¿Usted a mí? —Rand estaba majestuosamente desconcertado, casi escandalizado—. Ayudarme, ¿en qué?

Holden se golpeó con un dedo el ejemplar de *Le Monde* que llevaba en un bolsillo de la chaqueta.

—Anoche, leí la noticia de su llegada. Esta tarde, sus declaraciones a la Prensa... Entiendo que está buscando usted tres... cerditos.

—Habrá comprendido ya que es una clave de designación.

—Evidentemente. ¿Conoce Marsella?

—No muy bien. Sólo he estado aquí treinta o cuarenta veces.

Holden tuvo unos instantes de su clásica estupefacción, que se manifestaba por la prolongada apertura de su boca. Volvió a sonreír, de pronto.

—Bueno, entiendo que la conoce lo suficiente. De todos modos, yo soy residente aquí, y estoy al corriente de cosas que quizá usted desconozca.

—No hay nada que yo desconozca que valga la pena saberse.

Mike Holden continuó sonriendo, pero comenzó a sentir en su

estómago aquella sensación de vacío que, en él, era preludio de violencia. De muy buena gana le habría partido la boca a aquel pavo real.

—¿Puedo sentarme?

—Sólo un minuto. Estoy cansado, Holden.

—Sí, lo comprendo —el americano se sentó en uno de los sillones de la salita-despacho—. Esta tarde ha estado usted muy activo. Y además, el viaje... Es comprensible su fatiga.

—Le agradezco su comprensión, aunque, claro está, no la necesito.

El vacío se hizo más grande en el estómago de Holden, al que le dolían las comisuras de la boca de tanto sonreír.

—Bueno... Considerando que somos colegas, y que los americanos y los ingleses nos entendemos bien, generalmente, me ha parecido un gesto amable por mi parte ofrecerme para colaborar.

—Tonterías. No necesito la colaboración de nadie, se lo aseguro.

—Oh, ya comprendo que no le han enviado a usted aquí a ciegas, sin respaldo, pero cualquiera admitiría que contar con la colaboración de la CIA no es mala cosa.

—¡Bah!

La exclamación fue tan tan tan netamente despectiva, que Mike Holden enrojeció, mientras el vacío en su estómago se convertía en abismal.

—No está usted siendo muy cortés —murmuró.

—¿Por qué habría de serlo? Usted ha venido aquí a ver qué gana en esto, no a beneficiarme a mí.

—La unión hace la fu...

—¡Qué estupidez! —rió Pembroke—. La fuerza, o se tiene o no se tiene. Yo la tengo. Si usted no la tiene, pues a jorobarse. No creo que llegemos a ningún acuerdo, así que, ¿por qué no me deja dormir? Eso sí se lo agradecería.

—Va a ser complacido inmediatamente —dijo con tono seco Mike, poniéndose en pie—. Buenas noches, señor Pembroke. Le deseo que no tenga que lamentar haber rechazado mi ayuda.

—Qué tontería —atajó Rand, con un gesto asaz impertinente de la mano, y sonriendo.

—Quizá. Pero déjeme decirle todavía otra cosa, de tono muy personal: ¿sabe lo que me parece usted?

—Lo que soy: el mejor agente secreto británico. Esto es, del mundo.

—A lo mejor sí —admitió malignamente Holden—. Pero para mí, usted no es más que un estúpido, fanfarrón, pretencioso y ridículo pavo real. Escuchar su canto de vanidades me ha producido unas considerables náuseas. Lamento haberle conocido.

—Es la primera persona que me dice eso —sonrió Pembroke—. Y eso me impulsa a considerarlo un poco diferente a los demás, Holden. Bien pensado, quizá podría usted ayudarme, sí.

Mike estuvo a punto de enviarlo a un sitio en verdad feo y maloliente, pero se tragó su orgullo, anteponiendo sus obligaciones de agente secreto.

—Me alegra que haya cambiado de opinión. ¿De qué se trata?

—Bueno, la verdad, no me ha gustado mucho eso que usted ha dicho del pavo real y su canto de vanidades...

Holden se tragó otra buena cantidad de orgullo.

—Era un modo de hablar —sonrió torcidamente—. A veces se dicen tonterías.

—Desde luego. Bien, acepto sus disculpas.

—Muy amable. ¿En qué puedo ayudarle?

—Pues verá: como usted bien sabe, hoy he tenido una tarde movida, he caminado, he estado en varios sitios... ¿Consecuencia de ello?, se me han ensuciado los zapatos. Y en los hoteles no los dejan limpios a mi gusto. Puedo concederle, por tanto, el privilegio de limpiármelos.

El agente de la CIA enrojeció tan violentamente que casi se sintió mareado. Por un instante, pareció a punto de lanzarse sobre el hombre del pijama de colores y canto de pavo real; pero, de pronto, dio media vuelta, y se dirigió hacia la puerta, que cerró tras él con sumo cuidado.

Rand Pembroke, que estaba con los hombros encogidos y tapándose los oídos con las manos, esperó todavía unos segundos antes de retirar éstas, convencido de que ya no habría portazo.

«Bueno —pensó—, parece que sabe controlarse».

Elegantemente llamativo, míster Pembroke se acostó.

CAPÍTULO III

Apareció en el jardín del hotel hacia las diez de la mañana, envuelto en su albornoz amarillo, y llevando una bolsa de playa en la mano izquierda. Saltó a la lancha alquilada, que, en efecto, había sido amarrada al embarcadero, y partió mar adentro.

Esto fue observado por sus colegas, que, naturalmente, habían previsto que Rand Pembroke no querría la lancha para tenerla de adorno en el embarcadero del hotel, sino para navegar. Por lo tanto, ellos también se habían procurado otras tantas lanchas, con las que partieron, sin grandes disimulos, detrás del británico, que aparecía fresco y descansado, mientras que ellos no habían pegado ojo en toda la noche, a la expectativa.

Lo que hizo Rand Pembroke no fue en absoluto complicado, pero sí intrigante. Al menos, para los cinco colegas de espionaje que, desde sus lanchas, lo estuvieron observando con prismáticos...

Rand navegó unas diez millas mar adentro. Al llegar a este punto, paró el motor de la lancha, que quedó flotando a merced del suave oleaje. Un día luminoso, el cielo azul, el mar claro... El buen tiempo había llegado con míster Pembroke.

De la bolsa de playa, Rand sacó unos prismáticos, con los que estuvo mirando durante un par de minutos en dirección a alta mar. Por supuesto, sus colegas debían estar haciendo lo mismo, pero, o bien míster Pembroke era tonto, o no le importaba que otras personas presenciasen sus actividades matinales.

Después de mirar hacia alta mar con los prismáticos, Pembroke guardó éstos, y sacó un aparato que, desde las otras lanchas, tardaron un poco en identificar, pues no era demasiado grande: un sextante. Con él se dedicó a tomar la altura del sol, determinando así su posición. Y finalmente, míster Pembroke, tras guardar el

sextante, sacó un espejo poco más grande que su mano y se dedicó a lanzar los rayos del sol, de rebote, también mar adentro. El espejo no había sido identificado como tal todavía por sus colegas. Pero, en cuanto los rayos del sol comenzaron a reflejarse en él, la comprensión fue rápida, súbita: Randolph Pembroke estaba haciendo señales.

Sin la menor duda.

Pero, señales... ¿a quién?

Todos los prismáticos estaban enfocados hacia alta mar, todos los ojos atentos: si Pembroke hacía señales, cabía la posibilidad de que le enviaran una respuesta.

Pues no.

No hubo respuesta alguna. Simplemente, Pembroke envió las señales hacia alta mar, guardó el espejo, y emprendió el regreso a la costa. Mientras tanto, cinco agentes secretos en otras tantas lanchas, estaban pasando de la perplejidad a la furia. Ninguno de ellos había podido obtener la menor conclusión sobre el significado de aquellas señales; esto era lógico, puesto que Pembroke debía haber utilizado una clave nueva y convenida en exclusiva para aquella ocasión.

Pero ¿a quién había enviado las señales? Ninguno de sus cinco colegas había visto embarcación alguna, ni avioneta o helicóptero... ¿Un submarino? ¿Podía haber por aquellas aguas un submarino británico que, sumergido pero con el periscopio en superficie, hubiese recogido aquellas señales? Solamente podía ser eso. Y entonces... ¿qué hacía allí un submarino británico?

El desconcierto de la comitiva era total. Pero todos los colegas de Rand Pembroke comenzaban a estar francamente inquietos.

Hacia las doce, después de haber detenido de nuevo la lancha a una milla de la costa, para darse un prolongado baño en las claras y profundas aguas, amén de lógicamente solitarias, Pembroke emprendió el regreso a la costa. Llegó a la playa frente al hotel, amarró la lancha, se puso su fantástico albornoz, y fue a instalarse en la terraza-jardín, cerca de la piscina. Primero ocupó una mesita bajo un parasol con listas de colores; luego lo pensó mejor, y se cambió a otro de paja. Allí pidió un aperitivo combinado y, simplemente, se dedicó a degustarlo y a fumar, plácidamente, contemplando a los bañistas de la piscina... y siendo contemplado, a su vez, por cinco pares de perplejos ojos.

Unos ojos que brillaron con expresión de gran interés cuando apareció el nuevo personaje.

Una mujer.

Una mujer. Morena, de grandes ojos, cuerpo espléndido y pletórico, boca sonriente y sensual. Apareció en bikini, procedente del interior del hotel, llevando una bolsa de paja y cruzado sobre ella un albornoz rojo. No debía tener más de veinticinco años, y era tan positivamente hermosa que todos los ojos masculinos se abrieron un poco más al verla. Una escultura. Una diosa.

Una diosa que se fue directamente hacia el parasol de paja de mister Pembroke. Se detuvo ante el espía británico, y cuando éste la miró, sonrió dulcemente.

—¿*Monsieur* Pembroke? —preguntó en francés.

Rand la miró de arriba abajo. No con descaro, fanfarronería, chulería, o cualquier cosa parecida. La miró de arriba abajo, simplemente porque valía la pena hacerlo... Y era inevitable.

—En efecto —se puso en pie, Rand, muy cortés.

—Me llamo Rosanna Merli. ¿Puede concederme unos minutos?

—Naturalmente. Siéntese, por favor... ¿Quiere tomar algo?

—Si es tan amable de pedirme un martini...

Rosanna Merli se sentó, y Rand lo hizo de nuevo. Hizo una seña a uno de los camareros, que se acercó rápidamente. Le pidió un martini para la muchacha, y luego se quedó mirando a ésta, con gesto verdaderamente amable.

—¿Es usted italiana? —preguntó en este idioma.

—¡Oh! —exclamó ella, gozosamente—. ¿Habla usted italiano?

—Claro que sí. En realidad, hablo, prácticamente, todos los idiomas de Europa. No podría ser de otro modo.

Rosanna Merli estuvo un par de segundos atónita. Luego se echó a reír.

—Supongo que tiene usted razón —exclamó—: un agente secreto de su indudable categoría no puede hablar solamente un idioma o dos.

—Exactamente. ¿Es usted del servicio secreto italiano, quizá?

—¡No! —volvió a reír Rosanna—. ¡Solamente soy periodista, señor Pembroke!

—Ah —se decepcionó Rand—. Bueno, ya dije a la Prensa todo lo que tenía que decir, señorita Merli. Claro que no recuerdo haberla

visto ayer en el aeropuerto, pero sin duda habrá leído usted mis declaraciones a sus colegas que sí estuvieron allí.

—Por supuesto —asintió ella—. Pero me enteré de esto en Cannes, ya muy tarde. Y fue porque un amigo hizo un comentario respecto a la curiosidad de un reportaje periodístico aparecido en un diario de Marsella. Conseguí el ejemplar, leí ese artículo, y... ¿sabe qué hice?

—Evidentemente se vino a Marsella.

—Exacto. Y a toda prisa. Puse mis cosas en el coche y me vine hacia aquí. Llegué muy tarde anoche, y me instalé en este hotel.

—¿Todo esto para hablar conmigo?

—En Cannes no estaba pasando nada que valiese la pena... Y no me negará, señor Pembroke, que un personaje como usted tiene un alto interés periodístico.

—Ahí llega su martini.

El camarero llegó con el martini, y se alejó tras servirlo. Rosanna Merli bebió un sorbito, y se quedó mirando, sonriente siempre, al espía británico.

—Como no parece que usted sea un hombre fácil de engañar, señor Pembroke, debo decirle que he venido dispuesta a obtener más información que mis colegas... aunque ello implique digamos la... utilización de mis encantos femeninos.

—Ya. Al respecto, debo decirle que sus encantos femeninos me parecen muy convincentes. Es usted bellísima, señorita Merli.

—¿Pero no le impresiono?

—Supongo que más o menos lo mismo que yo la impresiono a usted.

—¿Cómo dice? —Se asomó Rosanna.

—Me atrevo a suponer —dijo flemáticamente Rand— que usted también se ha dado cuenta de que yo soy un hombre sensacional. Vamos, todo un tipazo guapísimo, para ser más claro. ¿Se ha dado cuenta?

—Pues... pues sí... Sí, claro...

—Entonces, estamos mano a mano. Y considerando así las cosas, podría ser yo quien utilizase mis encantos masculinos para obtener algo de usted. En el supuesto de que tenga algo que ofrecerme.

—Bueno —sonrió de nuevo Rosanna—, lo que yo tengo que ofrecer está bien a la vista, ¿no le parece?

—También está a la vista lo que yo tengo para ofrecer. No cabe la menor duda de que darse un paseo a media tarde con usted, por el mar, los dos solos en la lancha, debe resultar altamente... satisfactorio. Pero convenga en que usted también se llevaría a la boca una perita en dulce.

—¡Increíble! —exclamó Rosanna, riendo—. ¡Es la primera vez que un hombre me dice esas cosas!

—Siempre hay una primera vez para todo. Aunque presumo que, en el caso de usted, la primera vez de cierto asuntillo ha quedado ya en el olvido.

Rosanna Merli se sonrojó intensísimamente.

—¿Qué quiere decir? —jadeó.

—Pues que supongo que ha dado ya muchos paseos en lancha a media tarde, y a solas con alguien.

—Está usted siendo muy grosero.

—Cosas del oficio. Póngase en mi lugar, bella Rosanna... Soy un famoso espía, un hombre astuto, experimentado, inteligente. Y usted viene aquí a decirme que está dispuesta a sonsacarme cosas a cambio de algo que puedo obtener de mujeres más hermosas que usted con sólo chascar los dedos.

—Santo cielo... ¡Es usted el hombre más vanidoso que he conocido en mi vida!

—¿Le parezco... un pavo real?

—¿Eh?

—Un pavo real emitiendo su canto de graznidos vanidosos.

—Pues... Ya que usted lo dice, sí. Sí, eso me parece.

—*Allright*. Y una chica tan linda como usted no tiene por qué soportar a un pavo real, ¿verdad? Por lo tanto, adiós, señorita Merli, Caramba, ¡con lo que me gustaría a mí estar en Carmes! Bien cierto es que nadie está conforme con lo que tiene.

—¿Debo entender que me está despidiendo, señor Pembroke?

—Mujer, claro que sí. Me está haciendo perder el horario previsto.

—¿Qué horario?

—Mirarme al espejo, para recrearme. Vaya, ¡pero si ahora que recuerdo tengo un espejo aquí!

De su bolsa, Rand Pembroke sacó el espejo que había utilizado para hacer las señales, y se dedicó a mirarse en él durante diez o

doce segundos, sonriendo, frunciendo el ceño, examinando sus dientes... Por supuesto, no era sólo Rosanna Merli quien le contemplaba en el colmo de la estupefacción.

—Perfecto —dijo Rand, guardando el espejo—: sigo siendo el espía más bello del mundo. Y puesto que ya he cumplido el ritual de autoadmirarme, quizá pueda dispensarle unos minutos más, señorita Merli. ¿Qué quería preguntarme?

Rosanna Merli pudo parpadear y cerrar la boca, por fin.

—Señor Pembroke —casi tartamudeó—: ¿está seguro de que no es usted un actor que está haciendo todo esto para llamar la atención, por ejemplo?

—No sea usted maliciosa —sonrió Rand—. Le aseguro que soy un agente secreto. Mejor dicho, no *un* agente secreto, sino *el* agente secreto por excelencia. El mejor, naturalmente.

—Bueno... Quizá sea usted un buen espía, pero no me parece que sea demasiado secreto, la verdad.

—Eso son tonterías pasadas de moda. Yo llego aquí diciendo quién soy, pero... ¿cree que alguien podrá impedirme que haga lo que he venido a hacer? ¡Imposible!

—¿Y qué ha venido usted a hacer?

—Si ha leído los periódicos, sabrá que estoy a la caza de tres cerditos.

—Pero... ¿qué quiere decir eso exactamente? ¿A qué llama usted *cerditos*? ¿Se refiere, quizá, a tres hombres?

—Le voy a poner un acertijo, señorita Merli. Escuche con atención: los tres cerditos no tienen alas, pero vuelan; no son malos, pero representan a la maldad; no se ven, pero se perciben; son muy fuertes, pero frágiles; no tienen ojos, pero ven... ¿Qué es?

—Dios mío... ¿Cómo quiere que adivine eso?

—Pues es muy fácil. Pero si no lo adivina, no se preocupe: dentro de muy poco, los tres cerditos, que están acorralados, caerán en mis manos. Y entonces, si todavía está usted por aquí, quizá se los presente.

—¿Quiere decir... que sabe dónde están?

—Lo sabré de un modo seguro muy pronto. Mientras tanto, he tomado mis medidas para que no escapen por cualquier agujero. Puede usted decir eso en su periódico, si lo desea.

—No —susurró Rosanna—. No. Sólo lo diré cuándo sepa con

seguridad qué o quiénes son los tres cerditos.

—¿De veras? —Parpadeó Rand—. Bueno, eso es cosa suya. A propósito, ya que hemos hablado de paseos en lancha: ¿le gustaría dar uno muy interesante conmigo, esta tarde?

—¿En qué sentido sería interesante?

—En todos.

—¿Para usted o para mí?

—Para los dos. Me parece que no es usted muy consecuente, señorita Merli. Ha venido a preguntarme cosas, y cuando le ofrezco la oportunidad de dedicarse a ello toda la tarde, se pone usted a dárseles de mártir en peligro de ser seducida. ¿Sí o no? Decídase.

—Sí —musitó Rosanna.

—Puede usted felicitarle a sí misma: así, de pronto, ha pasado a ser la primera mujer en mi vida. La espero a las cinco en el vestíbulo. Ah: diga que pongan el martini en mi cuenta. Hoy me siento generoso.

Míster Pembroke se puso en pie, recogió sus cosas y se alejó. Naturalmente, con la actitud del rey que se retira a sus aposentos.

Pero, antes de subir a su *suite*, pasó por la conserjería del hotel.

—Deben haber traído algo para mí —pidió al conserje.

—Así es, míster Pembroke.

El conserje le tendió un sobre, Rand lo tomó, y se dirigió al ascensor. Mientras subía, sacó del sobre las cinco fotografías, correspondientes a otras tantas personas, cuyos nombres estaban escritos en el reverso:

MARCEL PICCARD — SDECE

IGOR MALEVITCH — MVD

DALIA COHEN — Mossad

ABDEL FAMIL — Moukhabarat

MIKE HOLDEN — CIA

Puesto que a cuatro de ellos ya los había identificado plenamente por sí mismo, concedió un par de segundos más a las correctas y amables facciones de Marcel Piccard. Luego, se guardó las fotografías, justo en el momento en que el ascensor se detenía.

Segundos después, se detenía él ante la puerta de su *suite*.

Introdujo la llave en la cerradura y, mientras miró con suma atención entre la puerta y el marco. Sonrió secamente al no ver pegado allí el cabello que había dejado al salir, pero abrió la puerta y entró tranquilamente...

—No se mueva, Pembroke —oyó a su izquierda, en inglés.

No hizo el menor caso. Se volvió, cerrando la puerta, y se quedó mirando a Abdel Famil, que le apuntaba con una pistola.

—¿Qué demonios está usted haciendo aquí? —masculló Rand—. ¿Y qué clase de espionaje aprendió? ¿Por correspondencia? Haga el favor de salir de aquí y de mantener las distancias. ¿No le enseñaron eso?

—Ponga las manos sobre la cabeza —gruñó Abdel—; voy a registrarle.

—¿A quién? —Se pasmó Rand—. ¿A mí? ¡Vamos, hombre...! ¿Con quién se ha creído que está tratando?

—Con míster Randolph Pembroke, al que quiero hacerle unas cuantas preguntas... que va a contestar.

—Escuche, Famil, en cuanto le haya roto la cara voy a enviar una nota al Moukhabarat aconsejándoles que lo retiren a usted de la circulación: es un cretino.

—Si no pone las manos en la cabeza, voy a disparar.

—¿Y cómo me hará las preguntas, entonces? ¿Se suicidará para viajar conmigo al Reino de las Tinieblas, donde podremos tener una simpática charla? ¡Guarde ese trasto!

Abdel Famil estaba un poco lívido y visiblemente tenso, cuando masculló:

—No repetiré la orden, Pembroke.

Rand entornó los ojos. Luego, comprendiendo que el muchacho estaba nervioso, optó por la actitud más inteligente; esto es, colocar las manos sobre la cabeza. Mientras tanto, tenía ya suficiente para catalogar a Abdel Famil sin lugar a dudas, seguramente no era un cretino completo, pero sí un novato que no tenía una idea clara de lo que era el auténtico espionaje. Muy probablemente creía que el espionaje era andar a tiros por los tejados.

Abdel se acercó y, sosteniendo la pistola con silenciador a distancia prudente de Pembroke, adelantó la mano izquierda, para hacerse con la bolsa del espía británico...

Lo siguiente que supo que estaba ocurriendo en su vida, fue que

una tenaza de acero asió su muñeca derecha, mientras un dolor horrible germinaba de pronto entre sus ingles, al recibir el rodillazo; acto seguido, se encontró desplazándose a toda velocidad hacia la pared, contra la cual chocó de cara y rebotó. Una zarpa le arrebató la pistola, y una milésima de segundo más tarde recibía tal trastazo en el estómago que quedaba sin aliento. Y para terminar, algo estalló en su barbilla, sus ojos se llenaron de luces de todos los colores... y, de pronto, la oscuridad.

Rand lo soltó, dejando que se derrumbara a sus pies, sin sentido.

—Qué cosa más tonta —movió la cabeza el británico—. Si todos los agentes árabes son como éste, no me sorprende que los israelitas les estén siempre zumbando.

Recogió la pistola del suelo, la puso en un bolsillo de Abdel Famil y alzó un párpado de éste, para asegurarse de que el asunto no había terminado irremediablemente mal para el muchacho. Ya una vez mató a un hombre de un golpe, y la experiencia le dejó muy mal sabor. Pero en esta ocasión no había cuidado. Famil solo...

En la puerta sonó una discretísima llamada. Rand alzó vivamente la cabeza, entornando de nuevo los ojos. Se irguió y preguntó, con voz natural, tranquila:

—¿Quién es?

—¿Puede recibirme un minuto, Pembroke? —Sonó la voz femenina por la juntura entre la puerta y el marco.

CAPÍTULO IV

El agente británico frunció el ceño. Por un instante, miró el caído cuerpo de Famil, sopesando la conveniencia de quitarle la pistola para afrontar con ella cualquier circunstancia. Pero... ¿qué estaba pensando? ¿Iba a ponerse él a la altura de Famil?

—Un momento —pidió.

Asió al egipcio por la ropa del cuello, y lo arrastró hasta la salita-despacho, dejándolo sentado en el pequeño sofá. Luego fue a abrir.

—Hola —sonrió Dalia Cohen—. Soy...

—Pase, Dalia.

La israelita lo miró con ligera sorpresa, que era más bien un gesto de simpatía hacia el británico. Entró, esperó a que él cerrase la puerta y enseguida dijo:

—Rosanna Merli se ha inscrito como periodista. Y seguramente lo es, pero yo de usted iría con cuidado. Esas chicas en lugares solitarios pueden ser peligrosas.

—Le agradezco el aviso. ¿Cómo sabe lo de la cita?

—Puedo saber lo que una persona está hablando, tanto en inglés como en francés, y en mi idioma, tan sólo siguiendo el movimiento de sus labios.

—Caracoles —se maravilló realmente Rand—. ¡Eso es muy interesante! La felicito. Bien... ¿eso era todo lo que tenía que decirme?

—No, no. Es sobre el egipcio... Supongo que usted lo ha detectado, como a los demás.

—Sí, en efecto.

—Tenga cuidado con él. Es un idiota, así que no me sorprendería que buscase complicaciones.

—¿Qué me dice usted? —exclamó Rand, escandalizado.

—Se lo aseguro. Lleva más de dos semanas siguiéndome a todas partes, día y noche...

—Santo cielo... ¿Tan torpe es? ¿Qué espera conseguir de usted sola en Marsella? ¿Una información completa de la entrevista entre los señores Ford y Rabin?

—Quizá sea eso —rió Dalia—. En fin, como Famil ha desaparecido, me ha parecido prudente avisarle a usted: nunca podemos saber de lo que es capaz de intentar un tonto. ¿Ha recibido ya confirmación sobre mi personalidad?

—En efecto.

—Bien. ¿Puedo ayudarle en algo?

—¿Por qué cree que necesito ayuda? —Frunció el ceño Rand.

—No, no... No creo eso. Pero es evidente que usted ha llegado aquí a bombo y platillo con la intención de que sus colegas no le perdamos de vista. Y eso, a mi juicio, sólo puede significar que en determinado momento espera recibir apoyo. Por lo que a mí respecta, cuente con él.

—Es usted muy amable... Y muy inteligente, Dalia.

—Gracias. —Dalia Cohen rodeó con sus brazos el cuello del británico, quedando prácticamente colgada de él—. Y usted es un hombre terriblemente atractivo, Randolph.

—En efecto —asintió Rand—. ¿Le sirve eso de algo?

Dalia Cohen puso los labios sobre la boca de Pembroke, y se dedicó a libar un beso larguísimo que habría hecho temblar las rodillas de una estatua de mármol. Sin embargo, míster Pembroke permaneció impávido, sin moverse, quietos sus finos labios, que a Dalia le debieron parecer de caucho; tampoco abrazó el turgente y tibio cuerpo de la israelita, que parecía a punto de fundirse con el suyo.

Por fin, Dalia Cohen se apartó, suspirando, y se quedó mirándole con un gesto de reproche.

—Ya veo que no te ha gustado —murmuró.

—Es que estaba pensando en otra cosa.

—¿En otra cosa... más completa? —sonrió ella.

—Muchísimo más.

—Oh... Bueno, todo puede ser muy fácil: en lugar de ir de paseo en lancha con esa periodista tonta, llévame a mí.

—Y ahora, me vas a preguntar a quién he estado haciendo señales esta mañana en el mar.

—También eso me gustaría saberlo —asintió Dalia, casi riendo.

—Vamos, Dalia, vamos... ¿Realmente has pensado que tenías alguna posibilidad de sonsacarme viniendo aquí con el cuento de advertirme de las posibles tonterías del egipcio? ¿Realmente crees que es así de fácil? Ya han pasado los tiempos en que un sofá amplio era el lugar de trabajo de una espía.

—¿Eso piensas? Entonces, te sorprendería saber cuántos hombres todavía gustan del tratamiento del sofá. Y cuando se dan cuenta, ya lo han dicho todo.

—Me parece que yo no diré nada.

—No he perdido nada probando. Al contrario, me ha gustado. ¿Te importa que repita?

Lo volvió a besar. Esta vez, la libación fue todavía más larga, y las sugerencias de intimidad más descaradas y perceptibles. Cuando Dalia Cohen se separó del británico, lo miró con expresión desorbitada.

—¿Nada? —susurró.

—Nada —negó él—, quizá porque estoy cansado...

—Podríamos descansar en el sofá.

—Eso acabaría por matarme —sonrió Pembroke—. Tu tenacidad es admirable, pero no obtendrá fruto. De todos modos, espero que no tendrás inconveniente en hacerme un favor, Dalia.

—¡Claro que no! —Volvió a apretarse la israelita contra el pecho masculino.

Pero Pembroke se desprendió de sus brazos y agarrándola por uno, la llevó a la salita-despacho. Señaló a Abdel Famil, que comenzaba a regresar al mundo de la luz, abandonando el de las tinieblas.

—Llévate de aquí a ese bobo, ¿quieres?

—¡Oh! ¡Ha intentado algo, realmente!

—Pero menos agradablemente que tú. Lleva una pistola.

—Yo también —sonrió ella.

—Me parece razonable. Pero espero que ambos recordéis que sois agentes secretos, no combatientes en el frente. Haced una tregua de odio durante unos cuantos días, ¿quieres? Tienes que convencerle de que, simplemente, espere.

—Haré lo que pueda.

Abdel Famil los estaba mirando, ya recuperado totalmente. Se llevó la mano adonde solía llevar la pistola, y en su rostro apareció un gesto de pasmo al notar el arma en su sitio.

—Le aconsejo —dijo Rand— que se vaya con Dalia y escuche sus indicaciones, Famil. Está usted en vías de aprender algo sobre espionaje: no desaproveche la ocasión. ¿De acuerdo?

—No confío en ustedes —gruñó Abdel.

—Bueno, eso lo comprendo. Pero tiene que aprender a admitir que de cuando en cuando hay que creer en alguien. Por ejemplo, ustedes, los árabes en general, están contra la píldora y demás procedimientos anticonceptivos, porque creen que todo eso es una maniobra universal, un complot secreto contra ustedes para controlar la población árabe mundial, para evitar que se reproduzcan, y, a lo peor, hasta piensan que queremos que desaparezcan de la faz de la Tierra. Y ¿quién sabe?, a lo mejor tienen ustedes razón en eso. Sería un procedimiento como otro cualquiera de aniquilar una raza. A mí me parece fantasioso, pero si ustedes lo creen, con su café se lo beban. Mientras tanto, todo lo que tiene que hacer usted es creer en mí, y no hacer el idiota. ¿Está claro?

—No tengo por qué creer en usted.

Rand Pembroke apretó por un instante los labios, antes de decir, secamente:

—Si vuelve a estorbarme, lo eliminaré, Famil.

El egipcio se puso en pie, llevando la mano a la pistola, pero Dalia Cohen se interpuso entre ambos, sujetando la mano de Famil.

—No sea estúpido —dijo también secamente—. Deje tranquilo a Pembroke y salgamos de aquí.

—Cierren la puerta al salir —pidió Rand.

Y se fue al cuarto de baño. Se duchó rápidamente, volvió a ponerse el albornoz, y recorrió la *suite*, asegurándose de que estaba solo. Entonces fue al armario y del cajoncito donde había puesto los calcetines sacó la pequeña radio de bolsillo. Apretó el botón de llamada, esperó cinco segundos y dijo:

—¿Quién es Rosanna Merli?

Cerró la radio, la dejó en el mismo sitio, se vistió y bajó a almorzar. No había ni rastro de Mike Holden, Dalia Cohen, ni de

Abdel Famil. Tampoco vio a Marcel Piccard, pero esto le sorprendió menos: seguramente, el francés, dotado de muchos más recursos por estar en terreno propio, había pedido colaboración para vigilarle y no pudo identificar al sustituto.

Lo que sí le sorprendió fue la presencia de Igor Malevitch en el comedor. Al verlo aparecer, el ruso le hizo una discreta seña, pero Pembroke negó con la cabeza, de modo apenas perceptible, y fue directo a la mesa ocupada por Rosanna Merli, que le estaba mirando fijamente.

—Tengo la intención —dijo Rand— de echar una siesta después de almorzar, para estar descansado para el paseo. Pero eso no es obstáculo para que almorcemos juntos. ¿Qué te parece?

—Es una buena idea —murmuró Rosanna.

El pavo real se sentó y cantó:

—Yo siempre tengo buenas ideas.

Después de almorzar, Rosanna Merli se retiró a su habitación, acompañada por el británico. Se despidieron en la puerta y Rand regresó abajo. Se asomó al comedor, y vio a Malevitch todavía sentado a la mesa. Simplemente le miró. Luego se fue al bar, se sentó en uno de los taburetes y pidió un coñac.

Lo estaba paladeando cuando el ruso se sentó a su lado. Igor Malevitch debía estar desconcertado, porque no pidió vodka ni *pastis*, sino también coñac.

Pembroke lo miró seriamente.

—¿Qué quería antes, Malevitch?

—Hablar de los tres cerditos —susurró el ruso—. Podríamos sincerarnos, Pembroke.

Rand reflexionó en verdad seria y detenidamente sobre la proposición. Acabó negando con la cabeza.

—No puedo hacerlo todavía, lo siento.

—Cuando leí la noticia de su llegada a Marsella, hacía pocas horas que había tenido un mensaje referente a esos tres cerditos, así que estaba de un humor pésimo. Por supuesto, no creí que los tres cerditos estuviesen en ruta por Marsella. ¿Es así, Pembroke? ¿Están en Marsella?

—Espere un momento, Malevitch. Antes que nada, conteste a una sola pregunta mía: ¿realmente esos tres cerditos son rusos?

—Sí —gruñó Igor—. Pero le aseguro que la URSS no tiene nada

que ver en esto. Precisamente, me llamaron para que pusiera en marcha los dispositivos de localización... ¡Como si encontrar esos tres cerditos fuese tan fácil! Y así estaba, malhumorado, cuando llega usted y dice que está a la caza de tres cerditos... ¿Son los tres cerditos rusos los que busca?

—Así es —admitió Rand.

—Bien... ¿No cree que podría sincerarse conmigo y dejar el asunto en mis manos? No entiendo por qué el MI6 debe molestarse en buscar tres cerditos rusos. Parece evidente que hay un submarino británico por aquí cerca, y es de suponer que debe usted contar con más ayuda de toda clase, pero...

—No. No cuento con ayuda de ninguna clase, Malevitch.

—¿Por eso anunció su llegada? ¿Para tener la certeza de que los profesionales nos pondríamos en contacto con usted?

—Así es. En estos momentos, todos deben estar buscando la pista de los tres cerditos. Y es de esperar que alguien los encuentre.

—Francamente, no me gusta su jugada. ¿No le habría sido más simple ponerse en contacto con la MVD? Solamente con la MVD.

—No. Tenemos que buscar todos.

—¿Por qué? El asunto es ruso. A fin de cuentas, esos tres pequeños proyectiles atómicos fueron robados en la URSS.

—Ésos son mis informes. Y si los encuentro, no tendré inconveniente alguno en decírselo, Malevitch. Pero hay algo que usted ignora... En el MI6 se recibió no sólo la noticia del robo de los tres cerditos rusos, sino el propósito de ese robo, el... destino que se piensa dar a esos tres cerditos.

Igor Malevitch palideció intensamente.

—¿Quiere decir que alguien piensa... disparar esos proyectiles?

—Sí.

—¿Cuándo, desde dónde, contra quién? —jadeó Igor.

—Lo siento, no puedo decírselo. Mire, Malevitch, está bien claro que para que esos tres cerditos pudiesen ser sacados de la URSS y no digamos para que pudiesen ser robados, es necesaria la existencia de un traidor entre ustedes. Aunque supongo que eso ya lo han comprendido, y están buscando a ese traidor, eso sí me considero obligado a decírselo...

—Entonces, ¿no cree que todo esto sea una jugarreta rusa?

—¿Una jugarreta rusa? —Alzó las cejas Pembroke.

—Podríamos decir que nos han robado esos proyectiles para que quedase bien claro que, si eran disparados, la Unión Soviética no tenía nada que ver con ello.

—Es absurdo. Si ése fuese su plan, habrían dado gran publicidad a ese robo, y resulta que están haciendo todo lo contrario, o sea, procurando mantenerlo en secreto. Eso, por un lado. Por otro, si esos proyectiles llegan a ser disparados contra su objetivo la URSS sería una de las naciones más perjudicadas, precisamente. No, no, Malevitch... Todos estamos jugando limpio. A excepción, claro está, del traidor ruso y de quienes tienen en su poder ahora los tres cerditos.

—Pero, escuche, Pembroke, si usted me dijese...

—Lo siento. De veras lo siento, Malevitch. No insista. Y otra cosa. ¿Rosanna Merli es de ustedes?

—Claro que no. Es una periodista italiana. Le aseguro que los rusos no tenemos nada que ver con ella.

Randolph Pembroke quedó pensativo, frunciendo el coño. Por fin, movió la cabeza.

—¿Qué le parece? —sonrió—. ¡A ver si resultará de verdad que es una periodista italiana!

—Alguien ha de estar diciendo la verdad en todo esto —refunfuñó Igor.

—Todo es posible. ¿Qué tal es Marcel Piccard?

—De los buenos. En un momento dado podremos contar con él. La Cohen y Holden también son de fiar, aunque el americano es... muy americano. No sé si me entiende.

—Desde luego que sí —sonrió Rand.

—El más tonto parece el egipcio, pero quizá va mejorando. Antes te vi pasar en compañía de la Cohen.

—Fue un acuerdo momentáneo. Me permito sugerirle que nos preocupemos todos un poco de las relaciones Cohen-Famil. Israelitas y egipcios se odian demasiado, y eso podría traernos complicaciones. Pase lo que pase después, mientras tanto tenemos que estar todos unidos.

—Hablaré con Holden y Piccard —prometió Igor—. Bien, ¿todo sigue igual, entonces?

—Por el momento, sí.

—Gracias por atenderme. ¿Me permite que pague su coñac?

—Naturalmente... —sonrió Pembroke—. Hace unos días me contaron en Londres el último chiste de rusos y americanos. ¿Le gustaría escucharlo, Malevitch?

—¿Por qué no? —aceptó enseguida Igor.

—Bueno, resulta que en una isla desembarcan unos cuantos rusos y unos cuantos americanos, cada uno por un sitio diferente, y, claro está, a los pocos días están en guerra. Durante el día no hay problemas de identificación pero de noche la cosa se pone difícil, y unos engañan a otros al identificarse en las trincheras. Así que los americanos conciben una treta de identificación: como quiera que la mayoría de los rusos se llaman Boris...

—Yo me llamo Igor, por ejemplo —sonrió suavemente Malevitch.

—Hombre, no me fastidie el chiste.

—Está bien. La mayoría de los rusos se llaman Boris... Siga.

—Pues, los americanos ponen en práctica su plan: cuando de noche se acerque alguien a sus trincheras, llamarán ¡Boris! Y si el otro contesta, pues claro, es que es ruso. Aquella misma noche, un centinela americano ve acercarse una sombra a la trinchera. Puede ser ruso y puede ser americano. En la duda, pone en práctica el plan. Y llama ¡Boris! Entonces, el hombre que se acerca contesta: ¿Qué? El americano, dispara, ¡pam!, y lo mata.

Pembroke bebió el último sorbito de coñac, sonriendo, Malevitch alzó las cejas.

—No le veo la gracia —musitó.

—Espere, hombre, que todavía no ha terminado... Como es natural, los rusos se enteran pronto de esta treta americana y deciden hacer lo mismo. Como quiera que la mayoría de los americanos se llaman Johnny, toman este nombre como indicio de peligro. Si alguien se acerca, llamarán: ¡Johnny!, y si el otro contesta, es que es americano, naturalmente. Esa misma noche, un americano se desliza hacia las trincheras rusas y claro, uno de los centinelas divisa la sombra. Ha llegado el momento de poner en práctica el plan... Así que llama: ¡Johnny! Y el americano responde: ¿Quién llama? Entonces, el ruso dice: Yo, Boris. Pam, dispara el americano.

Igor Malevitch emitió una risita nasal, movió la cabeza y dijo:

—No está mal... Pero también podría contarse al revés.

—Desde luego —admitió Rand, bajando del taburete—. Gracias por la invitación, Boris.

—¿Quién llama? —preguntó el ruso.

Randolph Pembroke se echó a reír, dio una palmada en un hombro a Malevitch y se retiró a dormir la siesta.

CAPÍTULO V

—¿Sabe pilotar una lancha?

—Sí —afirmó Rosanna—. Es muy fácil.

—Estupendo. La nombro mi piloto oficial. ¿Podemos partir?

—Cuando guste...

Se dirigieron hacia la playa. Rand había bajado al vestíbulo a las cinco menos tres minutos. Rosanna había aparecido a las cinco en punto.

A las cinco y cinco, zarpaban, con Rand a los mandos, de momento. Pero, tras una breve explicación a la muchacha, los dejó en sus manos diciendo:

—Y ahora, vaya hacia el Vieux Port.

—¿Hacia el Vieux Port? —se sorprendió ella—. Creí que nos dirigiámos mar adentro, para... estar solos.

—¿Es eso lo que realmente desea? —La miró fijamente el británico.

—Me pareció que eras tú quien lo deseaba.

Rand Pembroke parpadeó. De pronto, sonrió, sujetó el volante de la lancha para estar seguro de que seguirían rectos, y con el otro brazo rodeó la cintura de Rosanna, apretándola contra él. Ella alzó la barbilla, y cerró los ojos cuando la boca de Rand se posó sobre la suya, suavemente...

Durante un minuto estuvieron navegando así. Luego, Rand susurró, junto a una orejita de Rosanna:

—¿Puedes esperar?

Y ella susurró junto a una orejota de Rand:

—¿Me queda otro remedio?

—No —dijo él, apartándose—. Me temo que de momento los dos tendremos que esperar. Dejo la nave en tus manos.

Se sentó en la pequeña cubierta de popa, abrió su bolsa playera, y comenzó a sacar cosas. De pie ante el volante, Rosanna volvía frecuentemente la cabeza, mirando todo aquello que el espía británico iba colocando ante él: una cámara fotográfica con teleobjetivo, una pistola de cañón corto, pero de gran diámetro, para lanzar bengalas; una radio de bolsillo; una pistola con silenciador; un pequeño sintonizador de señales de radio; unos prismáticos; un catalejo plegable...

—¿Qué es todo eso?

—Útiles de trabajo, querida.

—Ah... Bueno, estamos llegando al Puerto Viejo.

Rand se puso en pie, sosteniendo los prismáticos y la cámara fotográfica con teleobjetivo. Se colocó junto a Rosanna.

—Entra por la derecha de la bocana, y da una Vuelta de modo que salgas por la izquierda. Y navega muy lentamente. Lo más lentamente que sea posible.

Pasaron frente a Anse du Pharo, el Jardín du Pharo, Port de Plaisance, la pequeña dársena para carenados... Por debajo de ellos discurría el túnel de Saint-Laurent.

Randolph Pembroke comenzó a tomar fotografías de todas las embarcaciones surtas en el Quai de Rive-Neuve. Lo hacía con rapidez una tras otra, de modo que cuando llegaron ante el Quai des Belges, ya había terminado una carga. Sustituyó el estuche de la película gastada por uno nuevo, y siguió tomando fotografías. Estaban a mitad del Quai du Vieux Port, ya en el otro lado del puerto, cuando tuvo que cambiar de nuevo el estuche.

CLI-CLIC

,

CLI-CLIC

,

CLI-CLIC

... Al llegar a la altura de Port Saint-Jean, dejó de tomar fotografías.

Depositó la cámara en la cubierta, tomó la pistola lanzabengalas, y colocó una dentro. Apuntó hacia el cielo y disparó. Apareció un rastro levísimo de humo blanco, como una raya. Luego, la bengala roja estalló, a buena altura. De noche habría sido preciosa. Por la tarde, a pleno sol todavía apenas destacó su luminaria multiplicada. Quizá por eso, Rand Pembroke disparó otra... que resultó no roja, sino azul.

Cuando Rand Pembroke miró a Rosanna la vio un poco pálida.

—¿Te encuentras mal? —se interesó.

—No,... Pero creo que... que estoy un poco asustada...

—Todavía queda mucho trabajo por hacer. ¿Quieres desembarcar?

—No... No, no.

—Entonces, vamos hacia La Joliette. La misma maniobra, ¿de acuerdo?

—¿Tengo que dar una vuelta por todo el puerto?

—Exactamente.

La operación fue repetida en La Joliette de punta a punta, incluido el lanzamiento de dos bengalas cuando salían. Pero no terminaron con esto, sino que efectuaron de nuevo el mismo recorrido. Esta vez, por indicación de Rand un poco más deprisa. Y ya no fue tomando fotografías, sino atendiendo las oscilaciones de la pequeña aguja del pequeño sintonizador de señales de radio. Tanto en el Vieux Port como en La Joliette, lanzó un par de exclamaciones, y rápidamente, procedió a tomar notas en un pequeño bloc; esto lo hizo en las cuatro veces en total que del pequeño sintonizador brotaron unos agudos bip-bip-bip intermitentes: se oían, dejaban de oírse, se volvían a oír...

—Regresemos —dijo de pronto, excitado—. ¡Ya no necesito nada más,...!

—¿Qué... qué has hecho, qué has conseguido...?

—¡Prácticamente, todo! ¡Sólo necesito tiempo para establecer unas coordenadas y utilizarlas sobre las fotografías! ¡Volvamos al hotel!

—¿Cuánto tiempo necesitas para eso de las coordenadas?

—No sé... Primero tengo que revelar las fotografías y acabar de preparar las coordenadas en limpio... No sé. Tres horas, quizá cuatro, quizá seis... ¡Vamos! ¡A toda velocidad! ¡Déjame a mí!

La lancha aumentó la velocidad, poniéndose pronto a tope, volando sobre las aguas, más que navegando. Rosanna tocó en un brazo a Pembroke.

—¿Qué hay? —gritó éste.

—¡Todo el tiempo han habido algunas lanchas cerca de la nuestra! —gritó también la muchacha—. ¡Y parece que todavía continúan siguiéndonos!

Pembroke volvió la cabeza y en efecto, vio las lanchas que iban quedando atrás, pues la velocidad de la suya era superior. Frunció el ceño.

—¡Debe ser una casualidad! —gritó—. ¡Pero por si no es así, te diré lo que tenemos que hacer en cuanto lleguemos al hotel!

Eran apenas tres millas hasta Plage du Prado, que fueron salvadas en cinco o seis minutos. Cuando la lancha se detuvo finalmente en el embarcadero, Rand volvió la cabeza y vio las otras acercándose.

—No estoy dispuesto a comprometer mi triunfo por nadie —masculló—, así que te diré lo que tienes que hacer, Rosanna: atenderé a los periodistas que...

—¿Qué periodistas?

—¿No te lo he dicho...? Bueno, me llamaron dos o tres veces esta tarde, interrumpiendo mi siesta hasta que me cansé y les dije que quien quisiera alguna información que viniese hacia las siete y media al hotel, donde haríamos una rueda de prensa. Pero las cosas han cambiado —volvió a mirar hacia las lanchas, que ya estaban muy cerca—. Tengo que dar esquinazo a esa gente. ¡Estoy harto de periodistas! Y si les dijese que esperasen en el hotel, no veo por qué han tenido que seguirnos...

—¿Crees que son periodistas? —Miró Rosanna hacia las lanchas. Pembroke pareció quedar perplejo.

—Tienes razón —musitó—. Pero, sean quienes sean, tengo algo que hacer y no quiero que nadie me siga. Tendrás que ayudarme.

—¿Qué tengo que hacer?

—Vamos a ir ahora al hotel... Los periodistas deben estar en el vestíbulo esperándome. Aparte de éstos, claro, que también acudirán. Y si no son periodistas no se dejarán ver pero estarán cerca de mí, vigilándome. Y eso es lo que tengo que evitar: su vigilancia. ¡Tengo que llegar a la Rué d'Aubagne cuanto antes!

—¿Qué hay en esa calle?

—Un fotógrafo amigo mío, de hace tiempo. Se llama Delvingt... Me revelará enseguida todas las fotografías y podré terminar el trabajo de localización... ¡No tengo tanto tiempo, como para darte explicaciones ahora, Rosanna!

—Está bien... ¿Cómo puedo ayudarte?

—Vamos a llegar juntos al vestíbulo. Atenderé a los periodistas, pero sólo un minuto. Pasado ese minuto diré que me disculpen un momento, pues tengo que recoger algo de la *suite*. A partir de ese momento, tú te encargarás de darles la información a los periodistas, mientras yo me las arreglo para salir del hotel sin ser visto y marchar a la tienda de Delvingt. ¿Lo entiendes?

—Sí, sí. Pero... ¿qué les digo yo a los periodistas? ¡No sé lo que has conseguido, ni he entendido lo que hacías!

—Diles que estoy a punto de encontrar a los tres cerditos, y entreténlos explicándoles todo lo que me has visto hacer en La Joliette y en Vieux Port, Necesito que los entretengas por lo menos diez minutos. ¿Te crees capaz?

—No hay nadie más capacitado para entretener a un periodista que otro periodista —sonrió Rosanna—. ¿Cuándo volverás?

—No lo sé —murmuró Rand—. Y ni siquiera puedo asegurarte que vuelva.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Rosanna.

Pembroke se quedó mirándola fijamente. De pronto, sonrió y encogió los hombros, como quitándole importancia al asunto.

—Tonterías —aseguró.

—Te... estaré esperando... en mi habitación.

Rand asintió con la cabeza. Recogió todas sus cosas, las puso en la bolsa y saltó al embarcadero, seguido de Rosanna. Poco después, ambos aparecían en el vestíbulo del hotel, donde, en efecto, habían varios periodistas que se acercaron presurosos, muy interesados, pero al mismo tiempo no poco escépticos. Todo aquello le debía parecer un juego absurdo una... broma.

Durante un par de minutos Rand los atendió. Luego, delegó el resto de la información en Rosanna, y pretextando algo urgentísimo, se metió en el ascensor. Inmediatamente, sacó la radio de bolsillo, apretó el botón de llamada.

—¿Quién es Rosanna Merli? —insistió.

Cuando llegó a su piso, todavía no había tenido respuesta. Cerró el canal, guardó la radio, y salió al pasillo. Cuando se detuvo ante su puerta, miró si estaba el cabello. Esta vez, estaba. Entró sin cuidado alguno, se fue directo al dormitorio y comenzó a desnudarse, tras abrir otra vez el canal de la pequeña radio.

—Todavía no lo sabemos —dijo una voz metalizada en el aparato.

—Estaba en Cannes —dijo Rand, mientras sacaba ropa del armario—. ¿No habéis conseguido nada allí?

—Todavía no.

—Está bien. ¿Qué hacen Malevitch y compañía?

—Todos están movilizándolo mucho personal en Marsella. Especialmente, los americanos. El único que parece estar desamparado es el egipcio. La Cohen parece que tampoco dispone de grandes efectivos. Ni que decir tiene que Piccard ha organizado un círculo estrechísimo.

—Magnífico. La Merli está con los periodistas que cité en el hotel. Mañana por la mañana ya comenzarán a circular las noticias sobre mis actividades, así que es poco probable que haya movimiento antes. A menos, que la Merli esté metida en el asunto.

—¿Lo crees posible?

—¿Por qué no? Casi estoy convencido de que no pertenece a la profesión, de modo que, o es realmente una periodista, o forma parte del grupo que buscamos, y ellos la han enviado para que me sonsaque. Quiero que Brando no la pierda de vista.

—De acuerdo.

—Mientras tanto, yo voy a ver a Delvingt. Solamente lo sabe la Merli, y le he dicho lo suficiente para que, si forma parte del grupo que buscamos, esta misma noche hayan complicaciones: no pueden permitir que haga mis coordenadas de localización.

—Bien. Si la Merli es de ellos, se asustarán esta misma noche. Si no es de ellos, tendremos que esperar a que salgan los periódicos de la mañana.

—Pero sin descuidar la vigilancia en el puerto.

—Por supuesto que no, Rand. Ten cuidado.

—Estoy protegido por los mejores servicios secretos —sonrió Pembroke; de pronto, frunció el ceño—. Bueno, por alguno de los mejores; el egipcio es idiota.

—¿Y la Cohen?

—La Cohen y la Merli son de lo más cariñosas y complacientes... ¡Pero no se lo digas a Brando!

—Descuida, hombre —rió el comunicante—. ¿Algo más?

—No. Voy a salir.

Cerró la radio, se colocó la funda axilar, revisó velozmente la pistola, y se puso la chaqueta. Hizo un pequeño paquete con los estuches de las películas y con el bloc de notas, miró alrededor, miró por último su reloj de pulsera. Lanzó un gruñido. Se estaba entreteniendo demasiado.

Salió de la *suite*, llamó al montacargas de servicio y bajó a esta zona del hotel, donde un par de empleados quedaron mirándolo sorprendidos. Rand se acercó a ellos, sacando unos cuantos billetes del bolsillo.

—Me he cansado de los periodistas, así que los voy a dejar con un palmo de narices —explicó alegremente—. ¿Por dónde puedo salir sin que me vean?

El problema era de lo más simple: los dos empleados del hotel se quedaron con la generosa propina y Rand Pembroke salió por la puerta lateral, destinada a los servicios de abastecimiento. Estaba anocheciendo.

El primero en verlo fue Mike Holden, que se mantenía alejado del edificio del hotel, cerca de la entrada al jardín delantero. Se quedó mirándolo fijamente, inexpresivo el rostro, pero en cuanto vio que Pembroke se metía en el «Mercedes 220», echó a correr hacia donde había dejado su coche.

No muy lejos del americano. Igor Malevitch captó la nueva situación y, desde luego con más aplomo que el americano, se dispuso también a continuar tras los pasos de Randolph Pembroke, utilizando ahora el coche. Cuando menos, el británico era variado: les estaba proporcionando abundante distracción.

Cuando se alejó del hotel Bleu Ciel, Rand sabía que llevaba tras él a su comitiva de colegas.

Estupendo.

CAPÍTULO VI

Era ya noche cerrada cuando Rand llegó a pie ante la tienda de artículos fotográficos en cuya fachada había un pequeño letrero luminoso con el nombre de Photo Delvingt. La tienda estaba ya cerrada al público, pero él no era propiamente «público», así que pulsó el timbre sin empacho alguno.

Pocos segundos después, un hombre se dejaba ver tras el cristal. Distinguió a Pembroke, sonrió y abrió.

—Hola, Randolph.

—¿Qué tal, Ives?

—Hasta ahora, bien. Pasa.

Pembroke entró, e Ives Delvingt cerró la puerta y señaló hacia el fondo.

—Estaba cenando. ¿Te apetece?

—Pues sí. Apuesto a que tú cena será mejor que la del hotel. ¿Te ha molestado alguien?

—No. Pero me parece que después de esto ya no seré precisamente útil para el MI6. Voy a quedar más visto que la Torre Eiffel. Y todavía no estoy seguro de que Piccard me deje tranquilo.

—Te dejará tranquilo. En cuanto a tus actividades, personalmente creo que ya es momento de que las abandones. No sé si te habrás dado cuenta de que eres un anciano, Ives. Ya te toca descansar.

Llegaron al fondo de la trastienda, donde estaba la vivienda de Ives Delvingt. Una modesta vivienda: comedor que era a la vez cocina, dos dormitorios (uno de los cuales era utilizado como laboratorio fotográfico), y el indispensable servicio higiénico. En la mesa había comida. Delvingt señaló un lado.

—Sopa de cebolla, filete y tortilla —sonrió Rand, mirando hacia

la mesa—. Lo sabía, mejor que el hotel. No se me ocurrió que fuese a cenar aquí, Ives: habría traído una botella de vino.

—Yo tengo vino —señaló el anciano un aparador—. Elige el que más te guste. Por cierto, tengo «Beaujolais».

—No digas más. Tu memoria es buena, te acuerdas de eso.

Se quedó mirándolo. Ives Delvingt debía de tener no menos de sesenta y cinco años, era menudo, casi completamente calvo, y llevaba lentes. No se podía ser más insignificante físicamente.

—Yo me acuerdo de todo —murmuró el francés—. De todo. Es absurdo que prescindáis de mí. Incluso después de esto, podría seguir trabajando, siempre y cuando Francia no...

—... No vaya a salir perjudicada —terminó Rand—. Hombre, Ives, eso va lo sabemos.

—¿De qué se trata esta vez?

Rand lo miró, vacilante. Acabó por sonreír y sacar una botella de «Beaujolais» del aparador. Abrió el cajoncito, y encontró el sacacorchos... Cuando terminó de destapar la botella, Delvingt continuaba mirándolo fijamente, inmóvil.

—Si es algo que Francia...

—Que no, hombre —refunfuñó Pembroke—. Es que no puedo decírtelo, simplemente. No por ahora, al menos. Pero sí puedo decirte otra cosa: tu cese ha sido planeado.

—¿Qué? —gimió Delvingt.

Pembroke bajó la mirada y se puso a servirse vino con gesto sombrío.

—En Londres decidieron retirarte definitivamente del servicio, Ives. Ya has hecho demasiado en estos años, sobre todo al principio. Y no hay por qué tirar tanto de la cuerda, tú ya sabes eso... En esta ocasión, el servicio que vas a prestar podía haberlo prestado cualquier otro, pero fuiste elegido para que fuese tu último servicio.

—¿Se supone que me estás dando una alegría?

—No lo sé. —Rand lo miró de pronto—. Lo siento, Ives.

El francés sirvió comida a Pembroke, en silencio, y luego fue a sentarse ante su plato. Pembroke deslizó hacia él un vaso de vino, que Delvingt alcanzó. Se quedó mirando como a través del vino.

—Tiene un bonito color, ¿no es cierto? —murmuró.

—Es un buen vino —asintió el británico—. Tengo entendido que te enviarán una pequeña recompensa final.

—Oh.

—Cuatro o cinco mil libras.

—¿Tanto?

—A mí no me parece demasiado —gruñó Rand.

—Teniendo en cuenta la tacañería del Servicio Secreto británico —sonrió Delvingt—, creo que esta vez han sido generosos. Por mí está bien. No es que esté en apuros económicos, pues he estado recibiendo mi paga casi con regularidad, pero ese dinero me permitirá poner un dependiente en la tienda.

—Eso quiere decir que el negocio marcha bien —se animó Pembroke.

—Corriente, corriente... Pero no se trata de eso. Si dispongo de un dependiente, yo podré trabajar menos y pasear por el Vieux Port con más frecuencia, que es lo que me gusta. Y tomar el sol en los jardines, ver llegar y marcharse los barcos... Y contemplar a miles de chicas pasando ante mí... Pensándolo bien, no me has dado ningún disgusto, Randolph.

—No sabes cuánto me alegro... ¿Qué tal si lo celebramos con otro trago de «Beaujolais»?

—¿Puedo permitirme el lujo de emborracharme esta noche?

—No —rió el pavo real—. Tienes que hacer unas fotografías. Es decir, revelarlas. No servirán de nada, desde luego, pero hay que trabajar como si fuesen la cosa más importante del mundo. Supongo que eso no te sorprende.

—En absoluto. Pero me gustaría conocer el truco. Imagino que está relacionado con la llegada a Marsella del famoso agente secreto mister Randolph Pembroke... ¿Qué significa eso de los tres cerditos?

Rand Pembroke vaciló. Pero enseguida se dijo que no podía negarle aquella información al viejo Delvingt. Tenía derecho a saber cuál era su última colaboración con el MI6... Todo el derecho del mundo.

—Hace tres días uno de los nuestros destinado a la Unión Soviética informó que tres misiles «Katiuska» habían sido escamoteados de ese país. En él escamoteo intervino un traidor que los soviéticos están buscando como locos. Quizá lo han encontrado ya, pero Malevitch no ha querido decírmelo... ¿Conoces a Malevitch?

—El bueno de Igor —asintió Delvingt, sonriendo—. Claro que lo conozco. ¿Estás en tratos con él?

—Más o menos. Lo comprenderás cuando te explique por qué se anunció mi llegada a Marsella a bombo y platillo. Como te decía, uno de los nuestros en Rusia pasó el informe del escamoteo de los tres proyectiles, añadiendo que, según sus canales de información, estaban viajando hacia Marsella. No sabía más, aparte de otro pequeño detalle...

—¿Qué «pequeño» detalle?

—Se refiere al objetivo de esos tres cerditos. Bien, en Londres, al conocer ese objetivo, decidieron hacer algo, y fui seleccionado, por mi aspecto... espectacular. —Rand sonrió de pronto—. En cierto modo el americano Holden tuvo razón al definirme, llegué como un auténtico pavo real en pleno canto.

—¿Y por qué hiciste eso?

—He hecho varias cosas más. Por ejemplo, navegar mar adentro y hacer señales con un espejo. Y luego, pasearme en lancha por el Vieux Port y La Joliette, tomando fotografías y datos para coordenadas utilizando un receptor de señales de radio, y lanzando bengalas a plena luz solar... ¿Sabes qué he conseguido con todo eso?

—Ni idea.

—He conseguido mantener cerca de mí a nuestros colegas muy interesados. Y he conseguido reunir a unos cuantos periodistas que se apresurarán a decir en los periódicos de mañana por la mañana que el afamado espía Randolph Pembroke dispone de datos suficientes para encontrar los tres cerditos, especificando con lujo de detalles mis actividades. Naturalmente, no saben que las señales con el espejo no tenían destinatario alguno, y que no he conseguido nada en La Joliette ni en el Vieux Port.

—Pero si recibiste señales de radio...

—Eran nuestras —sonrió Rand—. Llevaba conmigo a una persona de la cual sospecho, pero en todo caso, serviría para confirmar a los periodistas que, en efecto, localicé esas señales que tomé para coordenadas, y que en estos momentos estoy revelando las fotografías para localizar la embarcación que se halle en el cruce de esas coordenadas. Todo esto se hará público mañana. ¿Qué crees que pasará entonces?

—Bueno —brillaron los ojos de Ives Delvingt—, M esos tres cerditos están en un barco surto en Marsella, querrán salir a toda máquina, buscar un puerto más seguro... Suponiendo que esos tres proyectiles estén en un barco.

—Tienen que estar en un barco. Es el medio más seguro de transportarlos, el más cómodo, el más discreto el que admite mayor y mejor camuflaje. Sí, querrán marcharse y entonces los cazaremos.

—¿Y si no se mueven?

—Si no se mueven querrá decir que nosotros dispondremos de mucho más tiempo para buscarlos realmente, y que mientras tanto, desde luego, no podrán disparar los tres cerditos.

—Está bien pensado —admitió Delvingt—. Es muy arriesgado para ti, pero está bien pensado. ¿Cuál es el objetivo de los tres cerditos?

—Tú sabes, naturalmente, que hace poco ha sido abierto de nuevo la navegación en el Canal de Suez.

—Sí —respondió Delvingt—. ¡Sí!

—Bien. —Rand se quedó mirando el último trozo de tortilla—. Pues alguien quiere cerrarlo de nuevo, Ives.

—¿Disparando allá los tres «Katiuska»?

—Sí.

—Santo Dios... ¡Los egipcios creerán que han sido los israelitas!

—Exactamente. Y de nuevo romperían las hostilidades. En estos momentos, en que los árabes están pensando en aumentar de nuevo el precio del petróleo, eso sería una catástrofe económica para Europa. Sin contar, naturalmente, la nueva cantidad de víctimas en esa guerra y el fastidio que los rusos experimentan hacia ella, con lo que, quizá, decidiesen hacer algo. Por otro lado, Israel acaba de comprar más armamento a Estados Unidos... Bueno, creo que la Segunda Guerra Mundial empezó por menos, Ives. Así que, por si nosotros falláramos, decidimos hacer intervenir a los agentes rusos, americanos, francesas... pero sin decirles nada por el momento, sobre el objetivo de los tres Cerditos. Si nosotros fallamos, puede que ellos consigan localizarlos. Cuantos más seamos, mejor... aunque no a todos se les puede decir lo que está ocurriendo. Por ejemplo, no se les puede decir a Dalia Cohen ni a Abdel Famil, pues se apresurarían a informar a sus respectivos servicios y el jaleo sería tremendo.

—Entonces, se trata de recuperar discretamente esos tres cerditos, y, sin aclarar nada a nadie, retirarlos de la circulación.

—Exacto. No hay inconveniente alguno en devolverlos a los rusos.

Ives Delvingt estuvo pensativo casi un minuto, con la mirada perdida. Por fin musitó:

—Me pondré a trabajar en esas fotografías enseguida, Randolph.

—Tómatelo con calma. ¿Más vino?

—¡*Mon Dieu*, no!

—Al menos, termina de cenar.

—He perdido el apetito. Además, a mi edad, no se necesitan grandes cantidades de comida. Los viejos resultamos muy baratos. Y en mi caso, que no tengo a nadie que me cuide, no conviene ponerse enfermo. Por cierto, ¿cómo va tu vida amorosa? ¿Continúas siendo el soltero más codiciado del Reino Unido?

—De Europa —rió Rand—. ¡De Europa, Ives, de Europa! Al respecto, debo dec...

El sonido del timbre llegó hasta ellos, sobresaltándoles y provocando diferentes reacciones. Delvingt se irguió y se quedó mirando hacia la puerta que abría camino hacia la tienda. Rand se puso en pie, girando y sacando velozmente su pistola con silenciador.

—Cuidado —susurró—. Puede que todo se inicie ahora, Ives. Alguien sabía que vendría aquí.

—¿Voy a abrir?

—Echemos un vistazo primero. Apaga la luz.

Delvingt apagó la luz, y ambos salieron del comedor-cocina. La tienda estaba a oscuras, de modo que sólo disponían de la luz que llegaba desde la calle a través del escaparate... Una luz abundante, suficiente al menos para distinguir a los dos hombres que había delante de la tienda, ante la puerta.

Delvingt emitió una risita al distinguir perfectamente las siluetas de los dos hombres con su alta gorra redonda.

—Son gendarmes —dijo.

—¿Y qué hacen aquí? ¿Qué quieren?

—¿Cómo puedo saberlo? Iré a abrir. Tú quédate aquí.

—No me gusta. Es demasiada casualidad... ¿O algunas noches ha ocurrido lo mismo?

—No. Pero si los gendarmes...

El timbre volvió a sonar, seguido de unos golpes en el cristal de la puerta. La voz de uno de los gendarmes llegó amortiguada hasta los dos espías:

—¡*Monsieur* Delvingt, abra, por favor! ¡Hay un escape de gas en los patios inferiores! ¡*Monsieur* Delvingt!

—Demonios —respingó Ives—. ¡Voy a abrir!

Recorrió el resto del pasillo hasta la tienda, encendió la luz de ésta y abrió la puerta. Desde el pasillo, pegado a la pared, con la pistola oculta bajo la chaqueta, pero apuntando hacia los dos gendarmes, Rand Pembroke permaneció inmóvil, escuchando.

—Perdone la molestia, *monsieur* —se excusó uno de los gendarmes—. Uno de los vecinos del edificio han llamado a Prefectura informando de un escape de gas. Hemos avisado al servicio de urgencias de la compañía, pero, mientras tanto, querríamos echar un vistazo al patio... ¿Las tuberías pasan por allí?

—Sí. Son subterráneas —asintió Delvingt—. Pasan bajo el piso de la tienda, y salen por el patio.

—¿Nos permite pasar? Por favor, no cierre, los empleados de la compañía llegarán inmediatamente.

Rand colocó la pistola en la funda y regresó a la cocina-comedor. Se sentó a la mesa y continuó cenando, tras colocarse de cara a la puerta. Los gendarmes y Delvingt continuaban hablando cuando aparecieron ante él.

—Ah... buenas noches, *monsieur*. Lamentamos...

—No importa —murmuró Rand.

—*Bon appetit* —deseó el otro gendarme, sonriendo.

—Merci.

—Vengan —instó Delvingt—. Al patio se sale por este pasillo. Si hay un escape lo oleremos inmediatamente. Puedes seguir cenando, Pierre —miró a Rand Pembroke.

—Está bien.

Los tres hombres desaparecieron por el pasillo. En el acto, Rand se puso en pie y se acercó sigilosamente a la puerta. Oyó el crujido de la que daba al patio, el sonido de hierro, el retemblar de un cristal. Lo malo de la profesión de espía es que uno acaba viendo sombras por todas partes. Pero, la cautela nunca ha matado a nadie.

—Pues yo no huelo a...

No oyó nada más. Estaba iniciando un rapidísimo paso hacia el interior de la cocina, cuando el gendarme que estaba de espaldas inició también la vuelta y Rand no terminó de dar aquel paso adelante, sino que retrocedió, quedando de nuevo a un lado, oculto.

Estaba blanco como la leche, desencajadas las facciones.

Oyó los pasos del gendarme de la cocina, y su voz, con toda naturalidad:

—Seguramente no será nada importante, *monsieur*. Pero los vecinos, comprenda usted, han hecho bien en avisar. Los accidentes de gas...

El gendarme apareció de pronto en el comedor-cocina, con una sarcástica sonrisa en los labios y una pistola en la mano, apuntando hacia donde había estado sentado Rand Pembroke. Al mismo tiempo que no lo veía allí, lo notaba a su lado, y el gendarme respingó, quiso girar para apuntar a Rand...

La mano derecha de éste asió la muñeca de la mano armada, desviándola, colocando el codo en el ángulo de las dos paredes y efectuando una seca y poderosa presión. El gendarme lanzó un alarido, que se confundió con el crujir de su codo, de todo su brazo, que fue roto como si fuese un simple palillo, mientras con la mano izquierda, Rand se apoderaba de la pistola.

El gendarme volvió a gritar y cayó de rodillas. Un extremo astillado del hueso aparecía, atravesando la ropa de la manga por encima del codo, y su rostro estaba demudado. Sin piedad alguna, Rand lo apartó de un puntapié y se abalanzó por el pasillo, disparando contra la figura del otro gendarme, que se movía en aquel momento apartándose de la puerta del patio. La bala entró en éste y rebotó con agudo tañido, mucho más audible que el «plop» del disparo.

—¡Ives! —llamó Rand—. ¡Ives!

Para apagar la luz del pasillo solo tuvo que alzar la mano y reventar la bombilla con un golpe de pistola. La oscuridad pareció caer sobre él como si fuese tangible. Afuera, en el patio, oyó un jadeo, y el roce de pies contra algo sólido, duro. La puerta continuaba abierta.

Sin detenerse a pensarlo, Rand se tiró por ella hacia el patio, por cuyo húmedo suelo rodó.

Plop.

Plop.

Plop.

Las tres balas rebotaron cerca de él, arrancando partículas de cemento, y chispas. En alguna parte brillaban, diminutos, los fogonazos de los disparos, pero, girando por el suelo, Rand no podía localizarlos exactamente.

Tuvo que detenerse al chocar con algo que había en el suelo. Algo blando. Al mismo tiempo alzaba la cabeza, y veía el siguiente punto de fuego.

Plop.

La bala pasó rozando su cabeza. Tan cerca, que los cabellos de Pembroke se movieron al pasar la bala entre ellos. Simultáneamente, Rand veía la figura del gendarme encaramarse en la tapia de separación de patios. Y disparó a su vez.

Plop.

El gendarme osciló, mientras su gorra saltaba, junto con una porción de la parte superior de su cabeza. La pistola cayó al patio. Un segundo después, lo hacía él, de cabeza, que sonó como un melón ya abierto, blanco, con un escalofriante «chof».

Rand se guardó rápidamente la pistola y palpó el blando obstáculo que lo había detenido notando las ropas, y enseguida, la carne, el rostro.

—Ives —jadeó—. Ives...

Deslizó una mano hacia el cuello del viejo amigo del servicio secreto británico, y puso tres dedos sobre la arteria. No había el menor latido.

—¡Dios...!

Se quedó inmóvil, aturdido, anonadado. Tardó varios segundos en darse cuenta de que tenía manchada de sangre la mano izquierda. Con dos dedos, recorrió rápidamente el pecho de Ives Delvingt, hasta encontrar las heridas. Contó por lo menos tres. Y él no había oído los disparos... Además de dispararle con silenciador, habían apoyado la punta de éste en su pecho, de modo que los disparos aún habían quedado más amortiguados.

—Está muerto —se decía Rand Pembroke—. Ives está muerto. Lo han matado en mi presencia. Han conseguido engañarnos y lo han asesinado, fríamente, para sorprenderme a mí. Ives está muerto. Está muerto, muerto, muerto...

Se sentía como paralizado y helado. Congelado. Podían haberse limitado a golpear al pobre viejo, pero no... No. Lo habían asesinado, de un modo estúpido, innecesario, cruel...

No tuvo más remedio que reaccionar. Se acercó al gendarme de la cabeza destrozada, y nada más tocarle una muñeca, supo que también estaba muerto. Pero el otro no. ¡El otro estaba en el comedor, con un brazo roto, y...!

Echó a correr por el pasillo hacia el comedor. Pero el gendarme no estaba allí. De su presencia solamente quedaban unas manchas de sangre en el suelo. Se lanzó por el pasillo que llevaba a la tienda, cuya luz estaba de nuevo apagada... Y todavía no había llegado a la tienda, cuando, por la puerta que daba a la calle abierta, oyó los gritos los chillidos de mujeres...

Y todavía pudo ver al gendarme que había salido corriendo de allí, rodar por el suelo un par de metros y detenerse, quedando cara arriba.

La idea de Randolph Pembroke, la idea básica, era escapar. Sentí un extraño dolor en el pecho una profunda angustia, y un deseo sincero de quedarse con el cadáver del viejo amigo, de encargarse de todo. Pero la idea que había en su condicionada mente de espía era escapar.

Tenía que escapar. Ésa era su obligación.

Llegó a la puerta de la tienda y se detuvo en seco en el umbral. No. Por allí, no. Era mejor por el patio... Y de paso recogería sus cosas, que había dejado en una silla del comedor.

CAPÍTULO VII

Desde el interior del coche Jacques Adrey había presenciado la muerte del gendarme que salió corriendo de la tienda de artículos fotográficos, encorvado, con un brazo colgando de un modo en verdad extraño.

Naturalmente el gendarme corría hacia el coche en el que Jacques los esperaba a los dos, así que Jacques Adrey puso el motor en marcha. Cuando volvió a mirar hacia su compañero disfrazado de gendarme, éste parecía estar recibiendo una descarga eléctrica en medio de la calle estremeciéndose, saltando, gritando... para terminar rodando por el suelo y quedar boca arriba.

Adrey no necesitaba grandes explicaciones: desde alguna parte, alguien había disparado contra su compañero, viendo que salía huyendo de la tienda.

Y justo entonces, en la puerta de ésta apareció el alto, atlético, inconfundible Randolph Pembroke... que desapareció enseguida, de nuevo hacia el interior de la tienda.

—Está vivo —jadeó Adrey—. ¡Malditos idiotas...!

Adrey arrancó, con fuerte rechinar de neumáticos, a tal velocidad y tan aparatosamente, que causó el pánico entre las personas que corrían hacia el caído gendarme, y que se apresuraron a volver a las aceras. Pasó como una exhalación, giró sobre dos ruedas al llegar a la primera esquina y descendió hacia Rué de Rome, mucho más amplia e iluminada... y más atestada de coches, entre los cuales, el

«R-12»

de Adrey se integró inmediatamente.

Después de la Place Castellane, la misma avenida cambiaba de nombre, tomando el de Avenue du Prado, que, al llegar a Rond

Point, giraba hacia la derecha, descendiendo hacia Plage du Prado...

Jacques Adrey no tardó más de quince minutos en pasar con su coche por delante del Hotel Bleu Cel. Lo detuvo un par de cientos de metros más allá paró el motor y se apeó rápidamente. Cerró el coche y emprendió el regreso, a pie, hacia el hotel.

Entró tranquilamente en el Bleu Ciel y fue directo a las escaleras, ignorando el ascensor. Un par de miradas de reojo a ambos lados le convenció de que nadie le prestaba especial atención. Cosa muy lógica, Jacques Adrey no era ni alto ni bajo, ni delgado ni grueso, ni guapo ni feo, ni joven ni viejo... Vestía con corrección. Nada en él era especialmente interesante.

Subió a pie velozmente en cuanto dejó de estar al alcance de miradas desde el vestíbulo.

Tardó unos pocos segundos en detenerse ante una puerta del tercer piso, jadeante. Llamó quedamente, con los nudillos.

—¿Quién?

—Jacques.

La puerta se abrió en el acto, y Rosanna Merli apareció todavía vestida de calle. Lo miraba con expectación, inquieta. Adrey cerró la puerta.

—¿Qué haces aquí? —susurró Rosanna.

—No me pareció prudente llamarte por teléfono. ¿Estás segura de que cuando tú me llamaste a mí lo hiciste desde uno de los teléfonos de línea directa del vestíbulo?

—Naturalmente que estoy segura —se sorprendió Rosanna—. En cuanto los periodistas se fueron, te llamé. ¿Habéis estado en la Rué d'Aubagne, en esa tienda de...?

—Sí. Hemos matado al británico.

—Bien —sonrió Rosanna—. ¡Bien...! Korak tuvo muy buena idea al enviarme a mí aquí a sonsacar a Pembroke. ¿Habéis tenido dificultades?

—Ninguna en absoluto. Saville y Lamaire nos están esperando en el coche.

—¿Nos están esperando? ¿Quieres decir que tengo que dejar el hotel?

—Por supuesto. Eso puede levantar sospechas, pero sería peor

que te quedases aquí, y la policía, al enterarse de que estabas en contacto con el británico, decidiese interrogarte.

—Sí —admitió Rosanna Merli—. Sí, es cierto. Además, nos iremos pronto de Marsella, ¿no es así?

—Eso depende de Korak, pero supongo que no querrá correr más riesgos en esta ciudad. Recoge tus cosas, deprisa.

Rosanna asintió con la cabeza, y entró en el dormitorio directa hacia el armario. Abrió la doble puerta, pensativa.

—Debería marchar sola en mi coche —dijo—. No me parece prudente dejarlo aquí, aunque sea alquilado...

* * *

Rand Pembroke detuvo el «Mercedes» muy cerca del coche de Rosanna Merli, al que dirigió una hosca mirada, apretando los labios.

«Bien...» —pensó—. ¡Todavía estás aquí!

Abandonó el estacionamiento privado del hotel y subió a éste. Apareció sosegadamente en el vestíbulo, que cruzó hacia el ascensor, por supuesto, llamando mucho más la atención que Jacques Adrey. Sobre todo, por parte del elemento femenino.

Subió al tercer piso, buscó la puerta de Rosanna Merli y pulsó el timbre. Le había dicho que lo esperaría en su habitación y, evidentemente, había cumplido su promesa: si su coche estaba en el estacionamiento, era que ella continuaba en el hotel.

Pero nadie contestó a la llamada. Apretó de nuevo el timbre. Mientras tanto, se dio cuenta de que la puerta no estaba completamente encajada... La empujó con un dedo y cedió. Lanzando una ahogada maldición, Rand acabó de abrir la puerta completamente. Las luces estaban apagadas, y el silencio era absoluto.

—¡La muy...!

Encendió la luz y fue hacia el dormitorio, donde también encendió el plafón del techo, inundando de luz la estancia... La vacía estancia.

Barbotando insultos hacia la bella Rosanna, Rand fue al armario y lo abrió, para ver si ella se había llevado sus cosas, pues de no ser así, quizá estuviese todavía en el hotel. Quizá en el bar.

Rosanna Merli estaba todavía en el hotel.

Pero no en el bar.

Estaba dentro del armario, sentada, con las piernas caídas hacia el hombro derecho, los ojos abiertos, el rostro desencajado en una mueca de sorpresa y dolor. Los ojos parecían mirar de lado, hacia Rand Pembroke, pero, ciertamente, con aquellos ojos Rosanna Merli jamás volvería a ver a Pembroke. Ni a nadie.

Rand se quedó mirando las dos horrendas manchas de sangre en el pecho de Rosanna. Durante unos segundos, estuvo así, inmóvil. Luego retrocedió hasta tropezar con la cama, en cuyo borde se sentó.

Así lo encontró, tres minutos y medio más tarde, Marcel Piccard, el hombre del SDECE. Pasó junto a Rand sin que éste reaccionase; como si no lo viera. Se acucilló para contemplar mejor a Rosanna Merli, seguramente con la esperanza de hallar algún signo de vida. Pero *monsieur* Piccard hizo un gesto negativo con la cabeza, se incorporó y se volvió hacia Rand.

Para entonces, junto a los pies de la cama, estaban Mike Holden y el ruso Igor Malevitch, mirando inexpresivamente el cadáver de la bella Rosanna.

—Está muerta, claro —dijo Holden.

Piccard asintió con la cabeza y miró a Rand.

—Supongo que no la mató usted, Pembroke.

—No.

—Claro.

—¿La ha encontrado así?

—Si yo he interpretado bien las cosas —deslizó suavemente Mike Holden—, usted tenía la esperanza de que con todas sus reales paverías alguien buscase contacto con usted, Pembroke. ¿Era ella?

—Sí.

—Americana no es, se Jo garantizo a ustedes. ¿Quizá trabajaba para alguno de sus servicios?

El ruso y el francés movieron negativamente la cabeza. El británico ni siquiera se molestó en contestar.

Era obvio que Rosanna Merli no había estado trabajando para el MI6.

—Pues dudo mucho que estuviera al lado israelita o egipcio —prosiguió Holden—. Es decir, que usted tenía razón: se convirtió en un pavo real tan vistoso, que atrajo a la muchacha. La enviaron a

ver qué sabía usted, ¿no es así?

—Sí.

—Y usted le deslizó la información de que iba a esa calle donde se han cargado al viejo. El cebo era bueno, pero parece que los dos falsos gendarmes los engañaron a ustedes.

Rand Pembroke palideció y se mordió los labios. Piccard miró un tanto irritado a Holden.

—No tiene por qué cebarse en Pembroke, Holden.

—¿Ah, no? ¡Tendría que haberle escuchado ayer, Piccard! Me trató como si fuese poco menos que un esclavo repugnante. Estoy dispuesto a todo con el fin de encontrar los tres cerditos soviéticos, pero no me pida que no le restriegue por las narices a este pavo real que se han cargado a un viejo por su culpa. ¡No me pida eso!

—Es usted una mala bestia —gruñó Malevitch.

—De acuerdo. Soy una mala bestia. Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Seguimos esperando que el pavo real se digne cantar para orientarnos, o tomamos la iniciativa?

—Holden. —Rand le miró de pronto—. Cuando esto termine, le partiré la cara.

—¿Sí? Bueno, eso ya lo veremos. Mientras tanto... ¿cómo piensa terminar esto? Aquí nos tiene a todos, siguiéndole el juego, como buenos niños, o como tontos, y usted sigue con la boca cerrada. Si no quiere decimos nada, ¿por qué demonios nos ha metido en el asunto?

—Porque era demasiado importante para correr el riesgo de que lo afrontase en solitario el MI6 —replicó secamente Rand—. Además, mi objetivo principal no era movilizarlos a ustedes, sino atraer a alguien como... como Rosanna Merli. En cuanto a Ives Delvingt, tiene que saber que no fui culpable de su muerte. Le advertí, pero él aceptó a los gendarmes falsos. ¿Qué demonios podía hacer yo? Estaba en su casa, en su barrio, él conocía mejor las costumbres de allí, y si además tenemos en cuenta que no era tonto, ¿tengo yo la culpa de que él le pareciese tan razonable la llegada de esos dos asesinos vestidos como gendarmes?

—Será mejor que nos calmemos todos —dijo Piccard—. Tengo el asunto de la Rué

d'Aubagne

controlado por un par de compañeros y la policía, así que esa parte,

vamos a dejarla...

—¿Quién disparó contra el que escapaba de la tienda? —preguntó Rand.

—¿Usted qué cree? —Gruñó Holden.

—¿El egipcio?

—Naturalmente. ¡Ese retrasado mental...! Podríamos tener ahora vivo a ese sujeto, ¡y por Dios que nos diría dónde están los tres cerditos!

—Hay una cosa al respecto que debe quedar bien clara —murmuró Malevitch—, esos tres proyectiles han de ser devueltos a la URSS.

—Pero primero habría que encontrarlos, ¿no? —Se mostró sarcástico Mike Holden—. ¿Alguien sabe cómo? Además, sobre eso de devolverlos a la URSS habría que hablar largo y tendido, Malevitch. Le aseguro que si somos los de la CIA quienes encontramos los tres cerditos, la discusión será importante.

—¿Dónde están Famil y la Cohen? —preguntó Rand, de pronto.

—Se han quedado abajo, vigilando el coche de la Merli, por si ésta aparecía subrepticamente para escapar. Y ya que hablamos de ese coche —reflexionó Piccard—, quizá podríamos obtener alguna información por medio de él.

—Debe ser alquilado —rechazó Malevitch—. Y además, con nombre falso. Lo único que podríamos conseguir serían las huellas de Rosanna Merli... y me pregunto de qué nos serviría eso, dadas las circunstancias. Claro que podríamos enviarlas a nuestras centrales, y a la Interpol...

—Ésa no es mala idea —saltó Holden—. ¿Qué le parece, Piccard?

—Puedo encargarme de ello, desde luego —asintió *monsieur* Piccard—. Y puesto que algo hay que hacer, haremos eso.

—Y mientras se procede a esas investigaciones digitales, ¿qué hacemos todos?

—¿Por qué no se muere? —masculló Rand, dirigiéndose hacia la puerta.

El americano enrojeció, pero el ruso dirigió una mirada de simpatía al británico, comentando, muy cortésmente:

—Ésa sí que es una ocupación seria. Y duradera.

Por supuesto que nadie estaba allí impresionado en exceso por la

presencia de un cadáver. El espionaje podía ser, en ocasiones, de guante blanco, y convertirse en algo así como unas muy corteses public relations, pero los cuatro hombres reunidos en la habitación eran auténticos veteranos que sabían que en cualquier momento las cosas podían dislocarse.

Desde la puerta, Rand se volvió y dijo:

—Estaré en mi *suite*, Piccard.

—No olvide dejar sus zapatos en el pasillo —dijo malignamente Mike Holden.

—No se moleste, gracias —replicó Rand—: yo mismo los limpiaré.

Y sin esperar respuesta, salió. Subió a su *suite*, y se dejó caer en la cama, más abatido que cansado. Cansado, ¿de qué?

«Hay una esperanza... —pensó—. Puede que se asusten por mis actividades en La Joliette y el Vieux Port. Naturalmente, la Merli les habrá puesto al corriente, así que no tienen que esperar a mañana para enterarse. Si el barco está en uno de los muelles quizá se decidan a salir. Sería una tontería en estos momentos, pero ellos también pueden cometer tonterías. Y los muelles están vigilados estrechamente... No. Sería demasiado fácil que decidieran hacerse a la mar en estos momentos. No se moverán. Esperarán».

Y todo esto, claro, suponiendo que fuese cierto que los tres cerditos estuviesen en un barco. Por todos los cielos... ¡sacan tres «Katiuskas» de la Unión Soviética y consiguen llevarlos hasta Marsella...! ¿Cómo lo habían hecho? ¿O quizá no estaban aún en Marsella? El informador destinado en la URSS podía estar equivocado, tanto en el destino de los tres cerditos como en el objetivo sobre el que pensaban lanzarlos. En realidad, bien mirado, era una información fantástica, sobre la cual cabía preguntarse cómo la había conseguido el agente en cuestión.

A esto, Rand encontró una explicación sencillísima: los caminos del espionaje son imprevisibles. En cuanto al informador, era de los buenos. Nunca había fallado, ni jamás había hecho ni dicho tonterías.

—Sí... —concluyó—. Están en Marsella. Rosanna no vino desde Cannes, sino desde la propia Marsella. Y cuando comprendieron que yo había escapado vivo de la encerrona, vinieron a matarla, puesto que era inevitable que yo comprendiese que ella había hablado de

la tienda de Ives. Y si la han dejado aquí, es porque no temen que su identificación por parte nuestra les cree problemas.

Así pues, solamente quedaba esa esperanza: que uno de los barcos surtos en el muelle se hiciese a la mar, y que, por sus características, horario o cualquier otro detalle, llamase la atención de los hombres que vigilaban... Que vigilaban...

Rand Pembroke se sentó en la cama de un salto, fue al armario y sacó la radio de bolsillo. Apretó el botón de llamada.

—¿Dónde está Brando? —exclamó.

—Te íbamos a llamar ahora mismo, Rand. Brando ha seguido a un hombre que estuvo en la habitación de Rosanna Merli. Considerando que la Merli estaba localizada, Brando prefirió seguir al sujeto. En mi opinión ha hecho bien, porque...

—¡Pues claro que ha hecho bien! —Casi gritó Rand—. ¿Dónde están ahora?

—En La Joliette. Hace menos de medio minuto que Brando ha llamado: el sujeto en cuestión, un tipo insignificante, ha abordado un barco anclado en Quai Jean Charcot. Un carguero de poco tonelaje, que lleva el nombre de *Bonjour*.

—¡Yo tenía razón! ¡Ése es el barco! ¡Ahí están los tres cerditos!

—Bueno, quizá no...

—Escúchame bien, Theodor: ¿sabes quién es el tipo que Brando ha seguido?

—Por el momento, no.

—Pues se llame como se llame, es el hombre que ha matado a Rosanna Merli en su habitación del hotel. ¿Lo entiendes?

Hubo un par de segundos de silencio antes de que volviese a oírse la voz del llamado Theodor:

—Avisaré a Brando inmediatamente, no sea que se le ocurra cometer alguna tontería: ya sabes cómo es.

—Lo sé mejor que tú. Dile que no mueva ni un dedo, que se quede en el coche, simplemente. Yo voy para allá ahora mismo. Pasa aviso general: bloqueo para el *Bonjour*... Pero, Theodor, con la máxima pulcritud. No olvides lo que llevan a bordo.

—Tranquilízate. Voy a llamar a Brando.

—¡Hazlo enseguida!

—A Brando le gustará saber lo mucho que te preocupas por su seguridad.

—Vete al demonio —gruñó Rand.

Cerró la radio, se la metió en un bolsillo, para no quedar incomunicado esta vez, y salió a toda prisa de la *suite*. Se lanzó escaleras abajo, sin paciencia para esperar el ascensor... Y cuando estaba en el primer piso, notó en el bolsillo la vibración de la llamada por radio.

—¿Sí? —admitió la llamada, tras convencerse de que nadie le veía.

—Rand... Estamos llamando a Brando por su canal...

—Sí, ya sé. ¿Y...?

—No contesta.

Pembroke quedó lívido.

—¿Cómo que... que no contesta,...? —jadeó.

—No contesta. Mejor dicho: la llamada no se produce.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... Quizá su radio se haya estropeado.

—¿O se la hayan quitado y destrozado?

—Pues... Bueno, es una posibilidad remota, claro...

—Dios... ¡Dios! —Rand Pembroke se sentó en un escalón, cada vez más pálidos y demudado—. Theodor, por lo que más quieras, escúchame con toda tu atención: no des esa orden de bloqueo, no permitas que...

—Cálmate, Rand. Seguramente es sólo una avería que Brando resolverá en pocos minutos. En todo caso, nos llamará por teléfono, para advertirnos de ésa avería...

—¡Hace tres minutos me has dicho que Brando había llamado, con esa misma radio! ¡Entonces funcionaba!, ¿no es así? ¿Por qué ha de estropearse en tres minutos...? ¡Nosotros no usamos material barato...! ¡Quiero...!

—Rand, por favor.

—La culpa es mía... ¡Solamente mía! ¡Y desde luego es la última vez que permito que venga conmigo! No... No voy a ponerme nervioso, Theodor. Vamos a calmarnos. Tú sigue llamando a Brando, pero a nadie más, de momento. Sólo a... Espera. Estoy en la escalera del hotel. Voy a subir a mi *suite*, para darte instrucciones completas.

—Está bien.

En menos de quince segundos, Rand Pembroke estaba de nuevo

en su *suite*. Pero no llamó enseguida; se sentó en un sillón y permaneció un minuto inmóvil, con los ojos cerrados, respirando acompasadamente.

—Theodor.

—Dime, Rand.

—Escucha bien...

Cinco minutos más tarde, el pavo real salía de sus lujosos aposentos, y tomaba el montacargas, por segunda vez en aquel día. Abajo, la operación fue más complicada esta vez: no se limitó a salir por la puerta lateral, pues alguno de sus colegas le habría visto y eso no le interesaba en aquel momento. Lo que hizo fue convenir un servicio extra con uno de los empleados del hotel, que escuchó sonriente la historia del pavo real que quería escapar de los periodistas agazapados en el vestíbulo esperándolo.

El truco consistía en que el empleado del hotel colocase una de las camionetas de espaldas a la puerta lateral, lo más adentro posible, como si fuese a cargar o a descargar algo. Mientras tanto, el espía británico escribió una nota en una hoja de bloc, que arrancó y dobló varias veces, reduciéndola al máximo. Nota que, después, fue entregada al conductor de la camioneta con determinadas instrucciones. Ya en su poder la nota, el conductor cerró las puertas en cuanto Rand Pembroke se hubo deslizado dentro de la camioneta. Pasó al volante, y partió de allí, tranquilamente.

Asomándose con cautela por las ventanillas de las puertas de atrás, Rand pudo ver, en el jardín, cerca del coche de Rosanna Merli, a Dalia Cohen y al cretino de Abdel Famil, algo alejado de ella y mirándola hoscamente. En la puerta del hotel, mirando hacia la zona de la piscina, divisó a Mike Holden, de pie, encendiendo un cigarrillo en aquel momento. Muy pronto dejó de verlos. Se sentó en el piso de la camioneta y se pasó las manos por la cara... que notó fría y perlada de fino sudor.

Dos minutos después, la camioneta se detendría y regresaría al hotel mientras él, en un taxi, se haría llevar a toda prisa a La Joliette. Pero mientras tanto, sólo podía pensar en Brando.

«Sí —se recriminó mentalmente—. Yo tengo la culpa, pero ¡por Dios, que no le ocurra nada! ¡A Brando no...! ¡A Brando no!».

CAPÍTULO VIII

Brando regresó del negro mundo de la inconsciencia al que los violentos golpes recibidos le habían trasladado. Le silbaban los oídos, le dolía la cabeza y notaba en los labios partidos la rigidez de la sangre ya seca. Además, como le habían golpeado en las costillas tan brutalmente, seguramente tenía rotas tres o cuatro, por lo menos.

Había abierto los ojos, pero ante ellos sólo veía manchas que se movían. Sus oídos percibieron por fin una voz... Ah, sí, ahora recordaba: había seguido a aquel hombre desde el hotel, le había visto abordar el carguero Bonjour y había avisado a Theodor. Sí, esa parte la había hecho bien. Muy bien. Pero algo debía haber hecho mal, porque, muy poco después, cuando estaba esperando en el coche noticias de Randolph, dos tipos habían entrado en el asiento de atrás y habían mostrado sus pistolas, apuntándole a la frente cuando volvió la cabeza, con sobresalto.

—Salga del coche y vaya al Bonjour —le dijeron.

—¿Qué...?

—Usted ha estado siguiendo a un amigo nuestro desde el muelle, hasta aquí, Y ahora está vigilando el barco. Mientras nuestro amigo nos lo ha advertido hemos abandonado el barco por el otro lado, en un bote, hemos desembarcado fuera de su alcance, y ya ve: aquí nos tiene. Le concedemos tres segundos para salir del coche. Si no lo hace...

Naturalmente que lo había hecho. No iba a dejarse matar estúpidamente...

—Ya ha despertado —oyó de nuevo la voz, ahora con toda claridad—, pero quizá nos quiera tomar el pelo simulando que aún está sin sentido. ¡Ahora verá!

Brando lanzó un gemido al recibir el puntapié en el costado, y se sentó rápidamente en el duro suelo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba prácticamente desnuda: sus ropas habían sido arrancadas a jirones mientras la golpeaban...

—¿Todavía no quiere decimos cómo se llama, jovencita? —preguntó el hombre de la melena gris.

Brando miró a aquel hombre. Debía tener sesenta años, y su aspecto era el de un viejo león de espesa melena. Estatura más bien corta, pero ancho de hombros, manos grandes y velludas, ojos negros, relucientes... Vestía unos pantalones azules un jersey negro y zapatillas deportivas. Resultaba impresionante.

—Brando —susurró ésta—. Me llamo Brando.

Jacques Adrey, que estaba junto a ella, masculló:

—¿Brando? ¿Ése es nombre de mujer?

—Brando es mi apellido... Mi nombre es Charlotte.

Además del hombre con aspecto de león y de Jacques Adrey, estaban los dos hombres que la habían cazado en el coche, obligándola a ir al barco. Y todavía otros dos, que, desde el principio, habían tomado parte en el juego de apalearla. El hombre con aspecto de viejo león se llamaba Korak. Brando ya no sabía nada más.

Es decir sí sabía que no le gustaban las miradas que le dirigían aquellos hombres, sobre todo ahora que estaba prácticamente desnuda.

—Charlotte Brando —asintió amablemente Korak—. Es usted una jovencita encantadora, Charlotte.

Esto era indiscutible. A sus veintitrés años, con aquella mata de rubios cabellos, el cuerpo espléndido, la piel fina y suavemente bronceada, los grandes ojos azules, Brando era un bellissimo ejemplar femenino, fuera de lo común.

—Sí que lo es —asintió Jacques Adrey—, pero también es muy tozuda. Y cuando se está en su situación, Charlotte, no es conveniente ser tan terca. ¿Por qué me seguía? ¿Y desde dónde?

—Está equivocado, señor... —insistió Brando—. Yo no le he seguido a usted; ni siquiera sé quién es.

Lo temido llegó. Adrey le aplicó un puntapié al estómago que la derribó de espaldas, encogida de tal modo que acabó por quedar de lado, casi desvanecida de nuevo. Sentía unas náuseas horribles.

Notó unas manos en el cuerpo, palpándola groseramente, y de nuevo se encontró sentada, sostenida por detrás por la barbilla, muy alzada, como si estuviese en un potro de tortura.

—Usted es inglesa —oyó decir a Korak—. ¿Pertenece al mismo servicio que el señor Randolph Pembroke?

—No... no sé quién es... Randolph Pembroke...

—Es un agente del Servicio Secreto británico. Evidentemente del MI6.

—No... no sé quién es, no...

—¿Conocía usted a Rosanna Merli?

—No... No, no.

—Yo creo que sí la conocía. Seguramente era por eso que, estando siempre cerca de ella, vio a Jacques visitarla, y luego, usted siguió a Jacques. ¿No es así?

—No... No. Les... les denunciaré a la policía... Sí a... la policía...

—Señorita Brando, usted no puede ser tan tonta de no comprender lo que está sucediendo —explicó amablemente Korak—. Jamás saldrá con vida de este barco, así que no podrá explicarle nada a nadie. Ahora bien, ya que tiene que morir, ¿por qué no elige una muerte dulce? Si no colabora con nosotros, le meteremos una bala en uno de sus lindos pechos, directa al corazón y asunto terminado. No sufrirá. Si se obstina en negar lo que creemos evidente, lo va a pasar muy muy mal, y acabará por decimos todo lo que queramos. ¿De verdad no comprende usted esto?

—Sí.

—Bien. ¿Es usted del MI6?

—No...

—Pero sí conoce al señor Pembroke ¿verdad?

Brando se pasó la lengua por los labios, y respingó al notar el dolor y las costras.

—Sí... Le conozco, sí.

—Bueno, ya vamos progresando. ¿Estaba usted vigilando a Rosanna Merli por orden del señor Pembroke?

—Sí.

—Magnífico. Hemos encontrado esto en su bolso... —Korak adelantó la mano derecha, en cuya palma, pulverizada, estaba la pequeña radio de bolsillo—. ¿Avisó usted al señor Pembroke de que

estaba aquí y del nombre del barco?

—No. Le llamé, pero no contestaba.

—¿El señor Pembroke no contestaba? ¿Cómo es eso posible? ¿Cree usted que ha podido ocurrirle algo?

—No sé... A Randolph nunca le ocurre nada... Pero fue a ver a un amigo, y cuando hace eso, muchas veces no lleva encima nada que pueda relacionarlo con el espionaje.

—¿Quiere decir que no lleva armas?

—Armas, sí. Pero cualquiera puede llevar armas, y no ser espía. En cambio, una radio como ésta siempre es más... explícita más comprometedora.

—Sí... En efecto, sí. Entonces ¿quedamos en que usted no pudo comunicarse con Pembroke?

—No.

—¿Ni con nadie más?

—¿Con quién más? —se sorprendió Brando, hipócritamente.

—¿Pretende hacerme creer que el señor Pembroke ha venido a Marsella en busca de tres cerditos... y que sólo la ha traído a usted por toda ayuda? ¿Pretende que creamos eso?

—Lo hemos hecho otras veces. Los dos solos.

—Pero esta vez no, ¿verdad?

—Sí, como siempre.

—Desde luego está mintiendo —dijo Jacques Adrey—. Nadie puede ser tan estúpido de llegar aquí anunciándose en los periódicos y tener una mujer por toda ayuda. Korak, tenemos que marcharnos... ¡Tenemos que salir de aquí con el carguero cuanto antes!

—Si movemos el barco es cuando se fijarán en nosotros —le miró fríamente Korak—. Y no quiero correr ese riesgo sin estar seguro de que Charlotte nos ha delatado.

—¡Claro que lo ha hecho! —gritó Adrey.

Korak volvió a mirarlo. Luego movió la cabeza, bajó la mirada hacia sus manos y se quedó así, contemplándolas, profundamente pensativo. Estaban en un camarote deslucido, con dos literas, algunos libros, unos cuantos taburetes, un armario. Todo era allí deslucido, viejo y feo, polvoriento.

—Según entiendo —dijo de pronto Korak—, tú quieres que zarpemos, Jacques.

—¡Claro que quiero eso!

—Eres un perfecto estúpido. Sí, tú sí que eres estúpido. En primer lugar para zarpar necesitamos la orden de quienes nos han pagado y están dirigiendo todo esto. La responsabilidad de un fracaso por no hacerlo, no es nuestra. Es de ellos. En segundo...

—¿Quiénes son ellos? —se interesó Brando.

Adrey le dirigió una colérica mirada, pero Korak se mostró mucho más amable, casi risueño.

—Vamos, Charlotte —rechazó, con tono de afectuoso enfado—. ¿Espera que se lo diga?

—¿Por qué no? Puesto que me van a matar...

Korak movió negativamente su interesante cabeza.

—No. Desde luego, la vamos a matar, pero este asunto es demasiado importante para hablar sobre él. Usted puede pensar lo que quiera... Es posible que se le ocurra pensar que son los israelitas quienes están financiando esta operación. Podría ser, ¿verdad? A ellos no les dejan navegar por el Canal de Suez hasta que devuelvan los territorios ocupados. Por lo tanto, ¿qué utilidad tiene para ellos el Canal? Ninguna, aparentemente. También podrían ser los propios egipcios, obedeciendo una consigna árabe general. Si fuesen los propios árabes quienes quisieran inutilizar de nuevo el Canal, las culpas recaerían, muy probablemente, de todos modos, sobre los israelitas. Entonces, los árabes dispondrían de un nuevo pretexto para efectuar otra apertura bélica. Sólo que esta vez, considerando que Europa tiene gran interés en que el Canal funcione, mostrarían una declarada antipatía hacia Israel. Luego está la Unión Soviética... Al parecer, en estos momentos, la URSS dispone de la mayor y más poderosa flota naval del mundo; pero, si les cerramos el Canal, la cosa cambia en cuanto a su capacidad de maniobra: las distancias serían tan largas que se verían de nuevo en aprietos. Eso podría traer, como consecuencia, que de una vez por todas, la URSS decidiese... colaborar en la pulverización de Israel, considerándola culpable del acto. Y, claro está, la Unión Soviética interviene militarmente, los Estados Unidos no se quedarán contemplando las estrellas... La gran hecatombe. ¿No está de acuerdo?

—Korak... ¿quién le paga por hacer esto? Sea quien sea, está loco. Pero usted no me parece un loco, sino un hombre inteligente,

razonable...

—¿Razonable? —Korak se pellizcó un labio—. Sí, soy razonable... pero sólo pensando en mis intereses. Me han pagado bien, y voy a hacerlo. Tengo que llevar los tres... cerditos a cierto lugar, desde donde serán disparados. No tiene que ser hoy, ni mañana, ni pasado, ni la semana que viene... Tenemos tiempo, Pero hay que hacerlo. Con paciencia. Y este estúpido de Jacques —lo miró— dice que salgamos esta misma noche. En esta operación han intervenido más de cuarenta hombres en toda Europa, hasta conseguir trasladar, en un tiempo récord, los tres proyectiles hasta el barco... ¿Y ahora voy a salir, lo cual sería lo mismo que gritar que éste es el barco, que aquí están los tres proyectiles? No.

—Si nos quedamos... —empezó Jacques Adrey.

—Si nos quedamos, la tripulación completa regresará al barco. Porque... ¿cuántos somos ahora, Jacques? Vamos a suponer que zarpamos, y que nos atacan: ¿con cuántos hombres contamos para hacer frente a ese ataque?

—Los que estamos aquí —se movió inquieto Adrey.

—¿Y te parecen suficientes?

—Bueno, hay dos más arriba...

—En total, somos ocho. ¿Eres capaz de imaginar cuántos hombres y con qué medios nos atacarían? No tendríamos tiempo ni de darnos cuenta de que nos mataban. Sin contar con que podrían simplificar mucho el asunto disparándonos unos cuantos cañonazos y enviamos al fondo con los tres cerditos... como los llama el afamado agente secreto británico míster Randolph Pembroke.

—Parece que están acorralados —comentó Brando.

—¿Usted cree? —La miró Korak.

—Es evidente. Lo mejor que podrían hacer es entregarse, con los tres proyectiles.

—Ya. Y revelar el nombre y la nacionalidad de las personas que nos han pagado por llevar a cabo esta operación. ¿No es eso?

—Sería lo mejor para ustedes, Korak.

—No sé lo que va a pasar —dijo sosegadamente Korak—, pero sí le garantizo una cosa, Charlotte: ocurra lo que ocurra, nadie sabrá, por nosotros, quién ha financiado esta operación. Los servicios secretos podrán pensar lo que quieran pero no sabrán la verdad. No la sabrán nunca.

—Es usted un iluso.

—¿Eso piensa? Bueno, pues ya veremos si lo averiguan. Y ahora, vosotros, salid todos de aquí: quiero quedarme a solas con la bella Charlotte.

—¿Eso es todo lo que piensas hacer? —Gruñó Jacques Adrey.

—Por ahora, sí. Es lo más placentero que se me ocurre. No os repetiré mi orden de que salgáis, Jacques.

Adrey vaciló, fruncido el ceño, visiblemente malhumorado. De pronto, dio media vuelta y salió del camarote. Los otros cuatro salieron rápidamente tras él, dirigiendo una última mirada de reojo a la bellísima Brando, que estaba pálida, fijos sus ojos azules en los del más que maduro Korak.

Éste sonrió.

—Dicen que las espías sois incapaces de sonsacar cualquier secreto a cualquier hombre. Yo no lo creo, porque Rosanna, al menos, fracasó con Pembroke. Pero quizá tú seas más experta que Rosanna... ¿Te parece que empecemos a probarlo?

—No... Usted no hará eso, no...

—Ya sé que no soy tan apuesto como Pembroke, pero...

CAPÍTULO IX

Randolph Pembroke emergió junto al casco del Bonjour, silenciosamente. Lo primero que hizo fue escupir la boquilla del tubo de aire, y, seguidamente, desprenderse de éste sosteniéndolo hasta que estuvo bajo el agua; entonces lo soltó, para que se fuese en silencio hacia el sucio fondo del puerto.

Ataviado únicamente con un bañador, Pembroke se mantuvo a flote junto al costado del barco moviendo las piernas, mientras de la bolsa de plástico sacaba los objetos que necesitaba: dos ventosas de buen tamaño, que adhirió al casco del barco, lo más arriba que pudo. Luego se colgó del cuello la bolsa de plástico, y agarró una ventosa con cada mano.

No fue una ascensión fácil, ni mucho menos. Hacía falta tener una musculatura de auténtico atleta para conseguir la escalada por la lisa pared metálica pintada de gris. Subía a pulso sujetándose a las ventosas, y entonces despegaba una y la adhería más arriba; se subía a pulso hasta allí, despegaba la otra, y la adhería más arriba que la anterior... De este modo, despacio, derrochando paciencia muscular Rand Pembroke se fue acercando a la borda del Bonjour, donde todo parecía en paz, en silencio...

Le costó más de cinco minutos llegar a la borda. Una vez estuvo asido a ésta, recuperó las dos ventosas, para apretarlas lo más cerca posible de la borda. Se asomó despacio, cautelosamente, mirando a derecha e izquierda... Le pareció que no había nadie, y estaba a punto de saltar a cubierta, cuando distinguió, de pronto, la figura de un hombre acercándose lentamente. Tuvo que desaparecer por el procedimiento de quedar colgado de la borda. Tenía los brazos, las manos y sobre todo los dedos tan cansados que no podría resistir allí más de medio minuto; un cansancio tal que todos los músculos

comenzaban a agarrotarse en su cuerpo. La idea de dejarse caer al agua, hundirse en su frescor, relajarse, era maravillosa, pero...

El agua apenas se movía en el puerto. En la línea de flotación apenas producía unos leves chasquidos contra el casco. Tan leves, que oyó el pesado caminar del hombre. De pronto, dejó de oírlo... y segundos después oyó algo que al principio no supo identificar. Tardó tres segundos en hacerlo, y fue gracias a un refunfuño del hombre: quería encender un cigarrillo con un encendedor que, al parecer, no funcionaba demasiado bien.

Ya no podía más.

Si seguía allí diez segundos más sus dedos perderían la poca fuerza de que disponían, caería al agua.

Dio un tirón y se encontró de vientre sobre la borda. No fue fácil contener el grito de sobresalto, de alarma al ver a pocos pasos de él, de espaldas, al hombre, insistiendo en encender el cigarrillo.

Pembroke se sentó en la borda a horcajadas, y luego se dejó caer en cubierta. El hombre estaba a menos de cinco metros. Si se volvía, era inevitable que le viese, pues las luces de Marsella eran más que suficientes para ello.

Justo cuando la llama prendía por fin en el encendedor, Rand Pembroke llegaba detrás del hombre, a menos de un metro. Olió el tabaco, y oyó el suspiro de placer del hombre que se volvió...

Las luces de Marsella se reflejaron en sus ojos, desorbitados de pronto al ver a Rand ante él. El hombre abrió la boca para gritar y el cigarrillo escapó de sus labios...

La mano derecha de Rand, rígida, dura como una flecha se clavó, de punta, bajo la barbilla del otro, que emitió un ronquido, abrió aún más los ojos y comenzó a derrumbarse hacia atrás, fulminantemente muerto.

Pembroke lo asió por el oscuro jersey, y tiró de él hacia sí. Sostuvo al hombre mientras lo depositaba silenciosamente en cubierta, pegado a la base de la borda. Luego quedó acucillado, conteniendo su respiración jadeante, llena la frente de gotas de sudor, doloridos los brazos...

Un minuto más tarde se encontró con fuerza suficiente en los dedos para deshacer el nudo de la bolsa de plástico. Sacó la pistola, volvió a colgarse la bolsa del cuello y comenzó a erguirse lentamente. Le dolía todo; la tensión muscular había sido excesiva.

Dio unos pasos hacia el centro de la cubierta y vio la entrada al interior del carguero. Continuó caminando hacia allí, descalzo, silencioso...

El otro hombre apareció de pronto, caminando tranquilamente hablando:

—Oye, Heffner, podríamos bajar a tomar...

Plop.

Plop.

El hombre se llevó las manos al pecho, se estremeció y volvió a estremecerse al recibir el segundo balazo, casi en el mismo sitio que el primero, sobre el corazón. Luego cayó hacia atrás... ¡Bom!, resonó su cuerpo en la cubierta.

Rand Pembroke se acuclilló rápidamente y se quedó así, tenso, vigilante, con los ojos muy abiertos, los dedos agarrotados en la culata de la pistola con silenciador.

Nada.

Nadie había oído el ¡bom!, que a Rand le había parecido poco menos que un cañonazo. Volvió a erguirse y caminó hacia la escotilla. Empujó la doble puerta, echó un vistazo por encima de la pistola... Nada. Nadie.

«Tiene que haber más personal... —pensó angustiado—. Y Brando debe estar aquí. No me gusta este silencio...».

El alarido le puso los pelos de punta y respingó con tal fuerza, tan sobresaltado, que estuvo a punto de perder la pistola. Acto seguido bajó la media docena de peldaños y llegó al distribuidor. Volvió la cabeza hacia la derecha, al oír una voz y unas risas. Distinguió perfectamente la voz en francés:

—La chica es demasiado guapa para que Korak la mate por los buenas. Debe estar...

Todavía pudo ver, antes de echar a correr, a varios hombres en la sala, uno de los cuales abrió mucho los ojos. Fue una visión fugacísima. Y acto seguido oyó la exclamación:

—¡Hay un hombre...!

Pembroke había sido visto. Pero eso no le importaba lo más mínimo en aquel momento... El grito volvió a repetirse y ahora pudo localizar el lugar de dónde provenía.

Abrió la puerta de aquel camarote, justo en el momento en que el primero de los hombres aparecía en el extremo del pasillo, y

comenzaba a alzar la pistola... No le dio tiempo a disparar. Entró en aquel camarote y en el acto vio la escena, en una de las literas. De Brando solamente pudo distinguir sus rubios cabellos y un brazo que golpeaba en la espalda del hombre que estaba sobre ella, intentando avasallarla.

—¡Brando! —llamó con voz crispada.

El hombre dio un salto, cayó sentado en el piso y miró hacia la puerta con ojos desorbitados.

Plop.

Uno de aquellos ojos se convirtió en una horrenda mancha oscura que salpicó hacia delante mientras la cabeza era empujada hacia atrás. Korak quedó tendido de espaldas, muerto en el acto. Brando se sentó en la litera velozmente, con expresión aterrada y por un instante, Pembroke quedó paralizado al ver el estado en que se hallaba.

Ese instante de inmovilidad estuvo a punto de costarle la vida.

Pero en los ojos de Brando vio la expresión, la mirada hacia la puerta que tenía a la espalda. Se volvió, dejándose caer de rodillas al mismo tiempo... La bala que debía haberle alcanzado en la espalda fue a rebotar contra uno de los tabiques, mientras Rand disparaba una vez más. El hombre salió disparado hacia atrás, chocando con el que llegaba tras él, que lanzó un grito.

Plop, disparó de nuevo Rand.

La bala dio de nuevo en el cuerpo del hombre ya muerto, con blando impacto, y el cadáver, desapareció, junto con el otro hombre. Se oyó el sonido de ambos cuerpos al caer y enseguida, la voz del hombre:

—¡Cuidado! ¡Ha matado a Korak!

Rand permaneció inmóvil, arrodillado, apuntando hacia la puerca, fija la mirada, crispado el rostro por el que se deslizaban unas gotas de sudor.

No ocurrió nada. Pasó un minuto, dos... Lentamente se puso en pie y se acercó a la puerta, sin hacer el menor ruido. No cometió la tontería de asomarse al pasillo, conocedor del riesgo que ello significaba: seguramente le habrían volado la cabeza. Lo que hizo, simplemente, fue cerrar la puerta, colocándose rápidamente a un lado.

Tampoco sucedió nada.

Se volvió a mirar a Brando, que permanecía sentada en la litera, mirándolo. Parpadeó al verla casi desnuda, con algunos arañazos en los hombros, hematomas en el rostro, los labios hinchados, la sangre seca...

—Estoy bien —susurró Brando—. Has llegado a tiempo. Me estaba estrangulando porque me resistía...

Rand asintió con la cabeza y fue a sentarse en la litera. Se pasó un brazo desnudo por la frente. Brando lo miraba fijamente y parecía no saber qué hacer.

De pronto, notaron la vibración, el rumor. El Bonjour se ponía en marcha. Pembroke y Brando se miraron y ella exclamó:

—¡Esto es lo que quería Adrey y ahora Korak no puede prohibírselo!

—¿Quién es Adrey?

—El hombre que estuvo a ver a Rosanna Merli.

—Ya. La mató. ¿Lo sabías?

—No —se tensó la voz de Brando—. No...

—¿Qué sabes?

—Sólo sé que los proyectiles están aquí y que Korak era quien dirigía el grupo... Pero no sé quién dirigía a Korak. Dijo que nunca lo sabríamos.

—¿Qué más da? —Gruñó Rand—. Serán personas de las que obtienen beneficios con las guerras y las catástrofes, o sea, gente... importante. Financieramente importante, se entiende. De los que consideran a la humanidad como material para ser manipulado a su gusto, con tal de seguir siendo importantes. Esperemos que la MVD descubra a los traidores, y que siguiendo esa pista consigan llegar hasta esa gente... Dejaremos esa parte en manos de Igor Malevitch. Algo han de hacer los rusos, ¿no?

—¿Dónde está Malevitch? ¿Y los demás?

—Ya vendrán. Y sólo podemos contar con ellos, porque le dije a Theodor que lo paralizase todo.

—¿Por qué? —exclamó Brando.

—¡Por qué, por qué, por qué...! ¡Porque sabía que habrías metido la pata, como siempre y que te habían cazado! ¿Te enteras del porqué?

Pembroke se puso en pie y fue a mirar por la redonda portilla. Estuvo unos segundos mirando hacia las luces de La Joliette, que

parecían moverse, ir quedando atrás.

—Están locos —masculló—. Theodor no hará nada, no dará ninguna orden contra este barco, pero los demás quizá decidan hundirlo. Se fijarán en él y algo tendrán que hacer. ¡Maldita sea mi estampa, nos van a hundir como ratas, aquí encerrados...!

Se volvió, furioso, mirando hacia la litera. Pero Brando estaba tras él, y le echó los brazos al cuello.

—Lo siento, mi amor —susurró—. Pero no fue culpa mía. No me metí en líos... Adrey se dio cuenta de que lo seguía y me sorprendieron cuando estaba esperando en el coche. Eso fue todo lo que pasó.

—Está bien. —Rand abrazó por la cintura a Brando y se quedó mirando el magullado rostro; de pronto sonrió—. Vaya, te va a costar un poco de tiempo volver a ser una linda muchacha, Brando.

—Creo que tengo dos o tres costillas rotas.

—Me alegro. A ver si aprendes de una vez a quedarte en casa.

—Lo haría si tuviese una casa y algún niño que cuidar.

—¡Y dale...! Escucha, ya no eres un agente activo. Brando. Tengas o no tengas niños, no veo por qué demonios has de andar siempre tras mis pasos, metiéndote en todos mis trabajos... ¿No te basta con nuestra agradable vida de relación en Londres?

—Podría ser mejor. Eso de andar siempre de tu apartamento al mío y viceversa es una tontería. Entre los dos podríamos comprar una casa y un niño...

—Total: que estás firmemente decidida a cazar al pavo real.

—¿A quién? Yo sólo quiero cazarte a ti, amor mío.

Rand Pembroke estuvo unos segundos mirando la magullada boca femenina. La besó cuidadosamente y luego suspiró, resignado.

—De acuerdo —dijo.

—¿Me comprarás un niño? —exclamó Brando.

—Te compraré una docena de niños —masculló el pavo real—. Y te compraré también una casa. Incluso me casaré contigo...

—¡Oh, Rand...!

—¡Oh, narices! —Gruñó el espía—. No intentes tomarme el pelo, Brando. Sé muy bien que lo de que nos casemos o no te tiene sin cuidado mientras vivamos como hasta ahora. El matrimonio en sí no te importa. Lo que tú quieres es que al casarme, tenga hijos y que al tener hijos abandone esta profesión. ¡De ahí viene todo...!

Pues bien, ésta es mi última oferta: nos casamos, compramos la casa y unos cuantos niños y prometo hacerte feliz. A cambio de ello, vas a terminar de una puñetera vez de seguirme vaya adónde vaya, y de maquinar tonterías para que abandone mi trabajo de agente secreto. No hay más que hablar, así que di solamente sí o no.

—Rand, si sigues con esta vida, cualquier día...

—¡Quiero ser lo que soy, así que aceptas las ventajas y los riesgos o te vas al demonio! ¿Sí o no?

—Sí, mi amor.

—*Allright*. Asunto zanjado. ¿Cuántos hombres hay en el barco? ¿Lo sabes?

—Ocho exactamente. Bueno, habían ocho.

—Ocho... Bien, ahora sólo quedan cuatro. Sólo cuatro... Y tienen que estar tramando algo, porque no pueden ser tan tontos para dejar de comprender que en cuanto salgan de La Joliette van a atraer la atención de un montón de agentes secretos. No... No pueden ser tan tontos. Creo que debería echar un vistazo...

—Habrá por lo menos uno en el pasillo esperando que te asomes.

—Brando: dejaste la profesión, ¿recuerdas? Y ahora eres solamente la futura señora Pembroke. Así que siéntate en la litera, o busca algo de ropa por aquí y mantén la boquita cerrada.

—Sí, querido.

—Sí, narices... —masculló Rand; frunció aún más el ceño—. Me pregunto si Malevitch es tan inteligente como me ha parecido en todo momento. Y si lo es... ¿qué está esperando?

* * *

—¡Señor Boris! ¡Señor Boris! ¡Señor Boris...!

Sentado en uno de los sillones del vestíbulo del hotel Bleu Ciel, con un periódico en las manos, Igor Malevitch alzó la mirada, fijándola en el botones que recorría el vestíbulo llamando al «señor Boris». ¿Boris? ¿Boris?

—Muchacho —llamó.

El botones se acercó.

—¿Señor Boris?

—¿Para qué lo buscas?

—Tengo una nota para él. El señor Pembroke la entregó a un

empleado de abastecimientos, para que la entregásemos a esta hora al señor Boris. ¿Es usted?

—En efecto. Toma esto. —Malevitch le tendió un billete al botones y tomó la nota—. Y gracias.

El botones se alejó, mientras Malevitch desdoblaba la hoja de bloc, pensando que Pembroke era en verdad discreto al no haber encargado que lo llamasen por su verdadero nombre. Boris, el del chistecito...

Igor Malevitch no se sorprendió demasiado cuando vio que la nota estaba escrita en ruso. La leyó rápidamente, y se puso en pie. Mike Holden estaba a su lado, mirándolo especulativamente.

—¿Qué pasa? —preguntó el americano.

—Los británicos han localizado el barco donde se supone están los tres cerditos. ¿Lee usted ruso?

—No —gruñó Holden.

—Pembroke nos lleva media hora de delantera. Nos pide que, salvo que lo encontremos esperándonos en La Joliette junto al carguero *Bonjour*, busquemos éste con mucho cuidado, pues él puede estar dentro.

—¿De modo que, finalmente, el pavo real ha volado solito? ¿Qué otra cosa podíamos esperar? ¡El muy cochino! Desde el primer momento...

—¿Qué ocurre? —Llegó Marcel Piccard seguido de Famil y Dalia Cohen.

—Pembroke ha encontrado el barco —explicó Malevitch—. Y por lo que me dice en esta nota me atrevo a pedirles que me permitan tomar el mando del grupo.

—Está bromeando —sonrió fieramente Holden.

Igor Malevitch lo miró de arriba abajo.

—Usted todavía no ha entendido este asunto, Holden. Por mi parte puede hacer lo que quiera, naturalmente, y sólo espero que cuando termine este asunto me trasladen de Marsella a otro sitio, para no tener que verle más.

—No hace falta que se ponga así —refunfuñó Mike Holden—. En cuanto al asunto, lo he comprendido perfectamente: alguien piensa utilizar los tres cerditos contra determinado objetivo y nosotros debemos evitarlo, ¿no es así?

—Pueden venir conmigo o ir por su cuenta —asintió Igor—.

Pero tienen que decidirlo en un segundo.

Comenzó a andar hacia la salida del hotel por la parte que daba a la terraza de la playa... Y los demás, sin decir palabra, fueron tras él.

* * *

—Me pregunto hacia dónde pretenden ir —musitó Rand—. Y por qué no intentan eliminarnos.

Junto a él, Brando miraba también hacia las luces de la ciudad, que iban quedando atrás. Acababan de rebasar el Dique Sainte Marie, con lo que, prácticamente, se encontraban en mar abierto. Por lo demás, nada había cambiado, a excepción del nuevo atuendo de Brando, unas viejas prendas masculinas que había encontrado en el armario del camarote, cuya puerta mantenía bajo vigilancia constante Rand Pembroke.

—Si la portilla fuese más grande, podríamos saltar al mar —sugirió Brando.

—¿Y dejar que se marchasen con los tres cerditos? —Gruñó Rand—. Eso ni hablar. Tenemos que pensar algún truco para poder salir de aquí y detener el barco. ¿Qué se te ocurre?

—¿A mí? —Respingó Brando.

—Pues, hija, no hace tanto que dejaste el servicio activo, así que algo se te tendría de ocurrir.

—Lo dejé para ver si te arrastraba. Por otra parte, nunca fui tan genial como tú, que sigues en activo... ¿Por qué no se te ocurre algo a ti?

Pembroke fue a sentarse en la litera y quedó pensativo. No habían demasiadas soluciones, realmente: si querían salir del camarote tenían que hacerlo por la puerta. Y la sospecha de que en el pasillo habría por lo menos un hombre esperando que asomasen, no era en modo alguno una tontería.

Cinco minutos más tarde. Rand Pembroke, el agente en activo, seguía sin encontrar una solución... Y fue entonces cuando, de pronto, los motores dejaron de funcionar. Brando se dio cuenta en el acto, pero Pembroke, pensativo tardó todavía algunos segundos en alzar la cabeza, sorprendido.

—Han parado los motores —musitó Brando.

Corrieron a mirar por la portilla. Afuera todo era negrura, bajo

el encapotado cielo. Se oía el chasquido de las olas contra el casco del barco, que se iba deslizando cada vez más lentamente. Casi estaba detenido ya, bamboleándose a merced del oleaje.

—No lo entiendo —susurró Rand—. No entiendo lo que...

Amortiguado, lejano, llegó un sonido que tardaron un par de segundos en identificar.

—Es una lancha —dijo Brando—. Me parece que está al otro lado del barco.

Pembroke se pasó una mano por la cara... que de pronto perdió todo color.

—¡Se van! —gritó—. ¡Se van en una lancha y nos dejan solos en el barco!

—¿Crees que se llevan los tres cerditos?

—¡Qué demonios han de poder llevarse esos proyectiles en una lancha! ¡Los dejan aquí...!

La espantosa verdad penetró en la mente de Rand Pembroke con la dolorosa sensación de un clavo hundido de un martillazo.

—Dios... —jadeó—. ¡Dios! ¡Han dejado las cargas de los proyectiles preparadas para ser activadas por algún mecanismo de tiempo! ¡Korak debía ser el único que podía dirigir la operación y puesto que ha muerto, los demás escapan dejándonos en un barco que quedará desintegrado dentro de... de... de...! ¡Corre!

Sin precaución alguna, salieron al pasillo, donde, en efecto, no había nadie. En pocos segundos estuvieron en cubierta y todavía pudieron ver como una mancha de extraña fluorescencia, la blanca estela que iba dejando la lancha que se alejaba... Y en ese mismo instante, vieron otra fluorescencia parecida, acercándose desde el este, convergiendo hacia la otra lancha.

—Ése es Malevitch —jadeó Rand—. Quizá los demás estén con él en la misma lancha...

—Rand, ¡tenemos que saltar! ¡Vamos!

—No. —Pembroke pareció tener de pronto clavados los pies a la cubierta—. No puedo permitir que esas cargas estallen, Charlotte. Salta tú y aléjate del barco lo más deprisa que puedas. ¡Yo voy a buscar los cerditos y desconectar el mecanismo de tiempo!

—¡No! —gritó Brando—. ¡No, no, no! ¡Salta conmigo!

—¡No puedo hacer eso! ¡No puedo permitir...!

Una roja llamarada lejana tiñó por un instante sus rostros. El

estampido tardó casi tres segundos en llegar, mientras el rojo resplandor se convertía en morado, rodeado de una densa nube negra.

—Uno de los dos bandos ha perdido —musitó Rand—. Salta.

—Rand, me ahogaré si salto. Tengo tres costillas rotas, quizá más... ¡No podré nadar lo suficiente! ¡No podré hacerlo yo sola!

Las grandes manos de Randolph Pembroke se posaron en los hombros de Brando.

—Tienes que entenderlo... No puedo permitir que esas cargas exploten. Ni tú ni yo podemos... ¿De qué te ríes ahora? —exclamó.

—Te entiendo. Te entiendo ahora, Rand... Haces el trabajo que consideras más útil, no sólo por ti, sino por los demás. Por eso no quieres dejarlo... ¡Qué tonta he sido! Pero ya no... ¡Vamos los dos a buscar esos cerditos!

Rand Pembroke parecía petrificado. De pronto, parpadeó, bajó la cabeza y besó a Charlotte Brando en los labios.

—Hasta luego —susurró—. De un modo u otro, hasta luego, mi amor. Vamos a buscar por separado, y si los encuentras, no toques nada, sólo avísame.

Corrieron los dos de nuevo hacia el interior del barco para iniciar la búsqueda de los tres cerditos... mientras una lancha se acercaba rápidamente al Bonjour. Tan rápidamente que en menos de medio minuto llegaba ya a motor parado junto al carguero.

—¡Pembroke! —Sonó la voz de Mike Holden—. ¡Pembroke, hemos pulverizado la lancha que escapaba de aquí, somos nosotros...! ¡Pembroke! ¡Ayúdenos a subir!

—Permítame —dijo Piccard.

Lanzó hacia arriba el pequeño anclote de la lancha, con la cuerda colgando. El primer intento fue fallido, pero al segundo, el anclote quedó incrustado en la borda. Piccard tensó la cuerda y señaló hacia arriba. El primero en subir fue el joven y agilísimo Abdel Famil, que encontró un cabo más grueso allí mismo y lo descolgó sobre la lancha.

—¡Sujete fuerte! —gritó Holden.

La siguiente en aparecer en cubierta, jadeando, fue Dalia Cohen. En menos de un minuto, Holden, Malevitch y Piccard estuvieron también a bordo.

—Con cuidado —dijo Piccard—: no sabemos lo que puede haber

ocurrido aquí. Llamemos a Pembroke pero sin descuidarnos.

—¡Pembroke! —comenzó a vociferar de nuevo Holden—. ¡Pembroke! ¡Maldita sea, pavo real, conteste de una vez!

—Lo han matado —musitó Dalia—. ¡Debieron matarlo antes de abandonar el barco!

—¡Pembroke! —gritaba Holden, ya en el interior del barco—. ¡Pavo real! ¡Pavo...!

—¡Abajo! —Les llegó la voz de Rand—. ¡En la zona de carga! ¡Los proyectiles tienen que estar por aquí, y van a estallar de un momento a otro!

Hubo un respingo colectivo, pero, al instante, Malevitch, que había quedado pálido como un muerto, comenzó a dar instrucciones, distribuyendo a todos por el barco. Abajo, en la zona de carga, encontraron a Pembroke y a Brando, ambos sudando de angustia. Nadie dijo una sola palabra ya. Todas las luces estaban encendidas. Habían cajas y sacos, que oscilaban siguiendo el bamboleo del barco al pairo...

—¡Aquí! —Sonó la voz de Abdel Famil, en el extremo de la zona de carga—. ¡Aquí, aquí, aquí...!

—¡No toque nada! —aulló Rand.

Corrieron todos hacia allí. Cuando llegaron junto al egipcio, éste se hallaba arrodillado ante una gran caja cuya tapa estaba a un lado, arrancada. El brillo metálico pareció una terrible amenaza para aquellos ojos desorbitados que contemplaban el «Katiuska». Un dedo tembloroso de Famil señaló la compuerta de los mecanismos, abierta. Varios hilos eléctricos entraban en las entrañas del «cerdito» por un lado, y salían por otro, hacia otra caja idéntica; entraban en aquella caja, salían, y se metían en una tercera... Sobre el primer «cerdito», al descubierto, junto a la compuerta de acceso, había un paquete del cual salían todos los hilos que se distribuían en las tres cajas.

—No lo toque —jadeó Holden—. ¡Maldito sea, no toque eso, Famil! Que lo haga Malevitch; él debe conocer los proyec...

—¡No los conozco hasta ese punto! —gritó el ruso.

—Yo lo haré —dijo Dalia.

—No toque esos hilos —jadeó Holden—. ¡Si los...!

—¡Cállese! ¡Estoy harta de oírle! ¡He dicho que yo lo haré, pero si cree que usted puede hacerlo mejor, adelante! ¿No? ¡Pues quítese

de en medio!

Lo empujó rudamente. Famil se apartó, cediéndole el sitio, mirándola con expresión entre incrédula y aterrada. Dalia Cohen se arrodilló delante del mecanismo de tiempo, que ni siquiera podían identificar. Su funcionamiento podía ser cualquiera de los muchos que conocían todos. Pero, a menos que se conociese específicamente el funcionamiento exacto, lo único que conseguirían al intentar desconectarlo sería acelerar la explosión.

Sí, a menos que se conociese su funcionamiento exacto.

—Ya está.

La voz de Dalia Cohen sonó como algo irreal. Abdel Famil continuó con los ojos cerrados, igual que Holden y Piccard. Igor Malevitch los cerró precisamente entonces. Brando continuó abrazada a Pembroke, con la cara contra su pecho. Las manos de Pembroke se relajaron en la espalda de Brando...

Dalia Cohen se volvió y miró a sus colegas con expresión que quería ser burlona; pero su rostro estaba todavía tenso y en sus ojos se vela la angustia que acababa de pasar.

—He dicho que ya está —susurró.

Randolph Pembroke, el afamado agente secreto británico soltó un tremendo suspiro y, de pronto, sonrió:

—Eso que acaba de decir si me parece el auténtico canto de un pavo real...

ESTE ES EL FINAL

Randolph Pembroke introdujo el llavín en la cerradura, abrió y empujó la puerta. Entró en su apartamento londinense, dejó la maleta allí mismo, y se fue directamente al dormitorio.

—Hola —saludó.

En la cama, Brando sonrió también, mirándolo con suma atención a los ojos.

—Hola —contestó—. ¿Todo ha terminado?

—Sí. —Pembroke fue a sentarse en el borde de la cama—. Los rusos han retirado los tres cerditos, y, por una sugerencia que me ha hecho Igor, entiendo que han cazado a dos elementos traidores. Holden estaba que se lo llevaban los demonios, quería, al menos, uno de los cerditos.

—¿Para qué? —se sorprendió Brando.

—¿Y yo qué sé? Es un cretino... En fin todo ha terminado... casi bien.

—¿Casi bien? Unos cuantos casos así y dentro de poco todos los agentes secretos del mundo se amarían como hermanos. Yo diría que todo ha terminado bien, Rand.

—Así sería si no hubiesen matado a Ives.

—¿Estuviste en el entierro?

—Claro.

—Tú no tuviste la culpa, mi amor.

Rand Pembroke permaneció pensativo unos segundos. Luego, miró de nuevo a Charlotte, que estaba preciosa con su salto de cama.

—¿Cómo van tus costillas?

—Bien. Sólo tenía dos rotas. Espero que no te importe que haya invadido tu apartamento. De todos modos, lo venderemos cuando

nos casemos, y también venderemos el mío. Nos iremos a vivir al campo, y durante los fines de semana... ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras de ese modo?

—Escucha —masculló Pembroke—, hasta ahora, has conseguido todo lo que te has propuesto, incluso has cazado al pavo real... Pero no abuses. Deja que yo también tome decisiones, ¿de acuerdo?

—Eso es precisamente lo que estaba deseando —suspiró Charlotte—. ¿No vas a besarme y...?

—Lo haré cuando yo lo decida —gruñó Rand Pembroke—. Y precisamente, acabo de decidirlo.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...